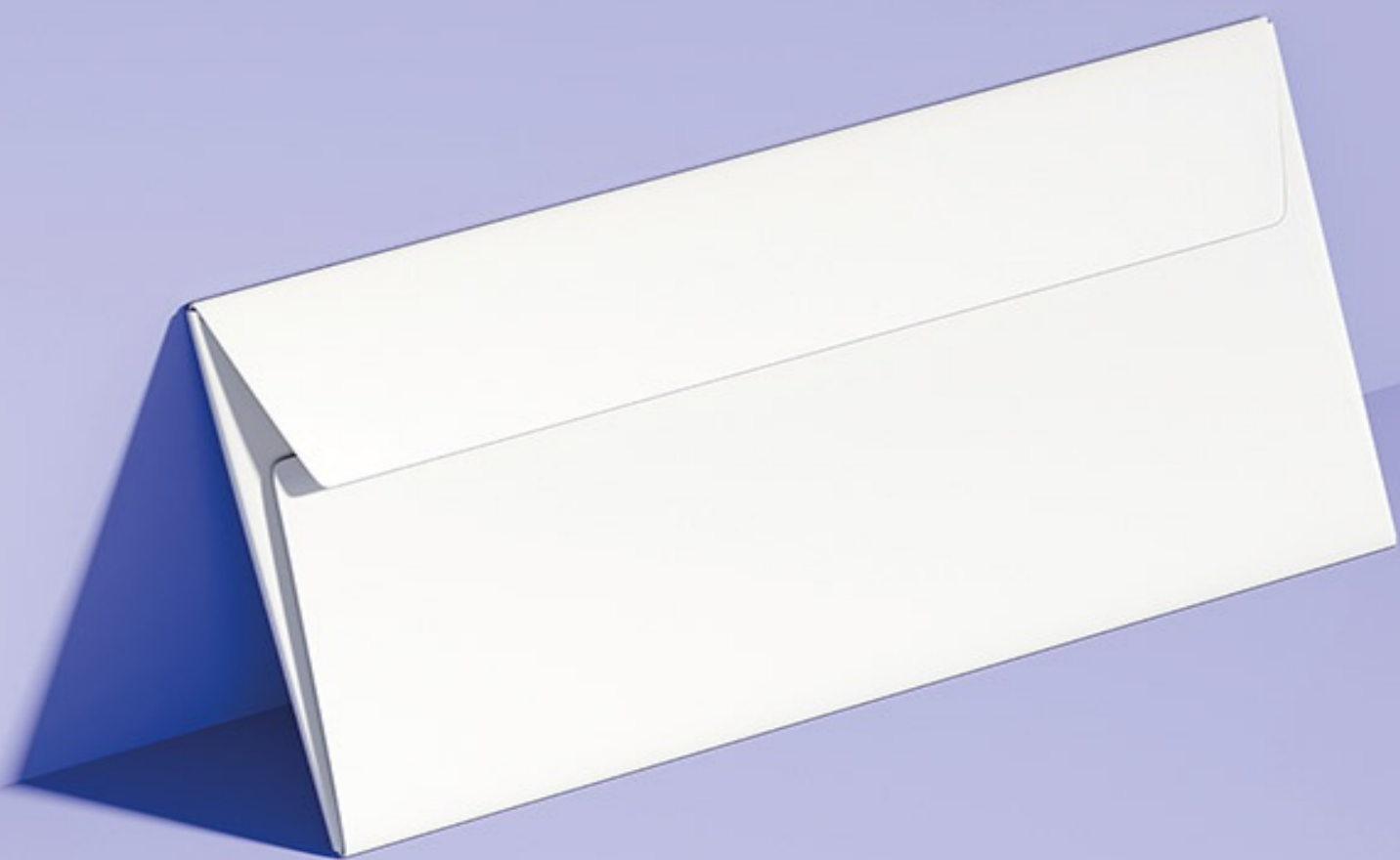


*Autora de
Monólogos de la vagina*

**Eve
Ensler**

La disculpa



PAIDÓS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

No pienso esperar más...

Querida Evie...

Agradecimientos

Acerca de la autora

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Junto a millones de mujeres, Eve Ensler lleva gran parte de su vida esperando una disculpa. La traición de su padre, quien abusó de ella física y sexualmente, le provocó un sufrimiento permanente y el anhelo de que un hombre fallecido hace ya mucho ajustara las cuentas con ella de forma honesta. Tras años de labor como activista contra la violencia, decidió poner fin a la espera; esa disculpa podía formularla ella, por y para ella. En *La disculpa*, escrito desde el punto de vista de su padre y con las palabras que deseaba escuchar, Ensler trata de transformar el abuso que sufrió sirviéndose de una veracidad inquebrantable, de compasión y una amplia visión de futuro.

Con *La disculpa*, un relato extraordinario y original, Ensler pretende construir un nuevo camino para sí misma y una posible senda para los demás, para que los supervivientes de abusos puedan finalmente vislumbrar cómo ser libres. Una mirada profundamente transformadora sobre cómo, partiendo de las heridas abiertas por el abuso sexual, podemos resurgir y sanarnos. Es revolucionario y exige coraje, honestidad y perdón de cada uno de nosotros.

LA DISCULPA

Eve Ensler

Traducción de Ana Pedrero

PAIDÓS 
Barcelona • Buenos Aires • México

Para todas las mujeres que todavía esperan una disculpa.

No pienso esperar más. Ya hace mucho que mi padre falleció; nunca me dirá lo que quiero oír, no articulará disculpa alguna. Por eso tengo que imaginármela, porque es en la imaginación donde podemos soñar con cruzar horizontes, dotar de profundidad al relato y diseñar resultados alternativos.

Esta carta es una invocación, una llamada. He tratado de dejar que mi padre me hable tal como lo habría hecho en vida y, a pesar de haber escrito las palabras que necesitaba que me dijera, he tenido que dejar cierto espacio para que él se manifestara a través de mí.

Son tantas las cosas sobre él y su pasado que nunca me contó que, en gran parte, también he tenido que conjurarlas.

Esta carta es un intento de conferir a mi padre la voluntad y las palabras que lo lleven a cruzar la frontera y a hablar la lengua de la disculpa para poder, al fin, sentirme libre.

Querida Evie:

Qué extraño me resulta escribirte. ¿Te estoy escribiendo desde la tumba, desde el pasado, desde el futuro? ¿Escribo como si fuera tú, o como querrías que fuera, o como quien de verdad soy desde mi propia comprensión limitada? ¿Acaso importa? ¿Estoy escribiendo en una lengua que nunca hablé ni entendí, que has creado en el interior de nuestras mentes para salvar distancias y remediar nuestra falta de conexión? Quizá esté escribiendo tal como soy de verdad, ahora que me has liberado con tu presencia. O puede que no esté escribiendo nada y que sencillamente me estés utilizando como un medio para satisfacer tus propias necesidades y tu versión de la historia.

No recuerdo haberte escrito jamás. Raras veces escribía cartas. Escribir cartas, acudir a alguien, habría sido una señal de debilidad; eran los demás quienes me escribían a mí. Jamás habría permitido que nadie pensara que me importaba lo suficiente como para escribirle una carta. Hacerlo me habría rebajado, me habría puesto en inferioridad de condiciones. Incluso contarte esto me resulta extraño. No es algo que de ordinario sabría o diría, a menos que hubieses entrado en mi mente. Pero no lo discutiré, pues se me antoja certero.

Tú siempre me escribías cartas. Me parecía peculiar y extrañamente conmovedor. Vivíamos en la misma casa y aun así me escribías, con tu caligrafía de niña pequeña, tratando de formar renglones rectos, pero desviándote por toda la página. Era como si estuvieras tratando de establecer contacto con algún aspecto de mí, con una parte que no encontrabas en los momentos más intensos de nuestro conflicto, como si mediante poesía trataras de apelar a un yo secreto que una vez te dejé ver. Normalmente, escribías cartas de disculpa. Qué apropiado que ahora quieras una carta de disculpa por mi parte. Siempre te estabas disculpando, suplicando perdón. Te había reducido a un degradante mantra diario de «lo siento».

Un día te mandé a tu cuarto sin cenar y te obligué a quedarte allí hasta que comprendieras y reconocieras tu mal comportamiento. Al principio te mostraste terca, callada durante veinticuatro horas. Tu madre estaba preocupada. Pero puede que entonces te entrara hambre o te aburrieras, porque me escribiste una carta en un pedazo de cartón que traían mis camisas de la tintorería. La pasaste por debajo de la puerta de mi dormitorio. Era una súplica dramática, una lista. Siempre te gustaron mucho las listas. Ahora veo que necesitabas catalogar las cosas, darles sentido con una especie de aritmética literaria.

Era una lista de todo lo que habías aprendido y todo lo que no volverías a hacer. Recuerdo que

lo primero era mentir; no volverías a mentir. Y yo sabía, a pesar de perseguirte diariamente y de hacerte creer que eras una vil mentirosa, que eras la niña más sincera que había conocido jamás, aunque no conocía a muchas. Detestaba a los niños. Hacían ruido y lo desordenaban todo y se portaban mal. Era demasiado viejo para tener hijos, solo los tuve para dejar mi legado. Pero estoy divagando. Aquella carta de cartón con tu apresurada caligrafía en rotulador morado y las flores torcidas que habías dibujado en los márgenes te sacó de la habitación, y ahora me pregunto si por eso seguiste escribiendo, como si se tratara de una especie de pasaporte hacia la libertad.

Desde que abandoné el mundo de los vivos he estado atrapado en un lugar de lo más debilitante. Se parece mucho a lo que la gente suele decir del limbo: la nada, el olvido. El limbo no es un lugar externo, no exactamente. Al contrario, he estado básicamente en ningún sitio. Flotando, sin amarres, dando vueltas. Aquí no hay nada, nada que ver, no hay árboles, no hay océano, no hay sonidos ni olores, no hay luz. No hay lugares tal como los concebimos, no hay arraigos, nada a lo que aferrarse. No, no hay nada, excepto el reflejo de lo que mora en mi interior.

«¿Qué es el infierno? Es uno mismo.»

Eso es de Eliot. Tal vez no sepas que era mi poeta favorito. Sus palabras acuden a mí a menudo en este limbo. Llevo casi treinta y un años de tu tiempo dando vueltas en este lugar, pero es extraño, porque aquí no hay tiempo, no hay más que un vacío agonizante, un espacio infinito que me engulle y que es terroríficamente vasto y sumamente claustrofóbico a la vez.

Dejé el mundo de los vivos cargado de resentimiento y rencor. Incluso en mi lecho de muerte, la virulencia de mi ira fue más poderosa que el cáncer que consumía mi cuerpo. Mi rabia era tan perniciosa que era capaz de luchar contra la morfina y el delirio, y darme energía para diseñar y ejecutar mis últimos castigos. Y tu pobre madre, ¿qué podía hacer? La había amedrentado durante tantos años, atizándola con mis gritos, mi condescendencia y mis amenazas, que para entonces se había convertido en una cómplice apocada y fiel. Trató de seguirme la corriente, me decía que tal vez no fuera el mejor momento para tomar decisiones tan extremadas como aquellas. Lo hizo todo excepto decirme que había perdido la cabeza.

Mis últimos pensamientos y alientos estuvieron teñidos por el deseo de hacer daño, el deseo de crear un sufrimiento que perdurara en el tiempo. Puede que no lo sepas, pero en ese momento final insistí en que te eliminaran de mi testamento. No heredarías nada, «¡nada!», dije con mucha fuerza. Incluso en mi fragilísimo estado, aquel acto de venganza me dio vida. Fue la última oportunidad que tuve de abolirte, de erradicarte, de castigarte.

Y cuando tu madre me pidió que me lo replanteara, insistí en que tú te lo habías ganado. ¿Por qué iba a dejarle nada a una hija que había sido tan obstinada y desleal? El cuestionamiento de tu madre avivó mi furia todavía más y me volví más vengativo, tratando incluso de eliminar tu carácter. La obligué a prometerme que, dijeras lo que dijeras tras mi muerte, no te creería jamás, ya que hacía muchos años había quedado plenamente demostrado que eras una mentirosa descarada. Mentirosa. Obligué a tu madre a que se comprometiera, en esencia, a desconfiar y

dudar de ti para siempre. En ese sentido, la obligué a exterminarte igual que yo lo había hecho. La obligué a escoger a su marido antes que a su hija, pero aquello no era nada nuevo, tu madre tenía mucha práctica en hacer ese sacrificio. Se lo había exigido durante la mayor parte de tu vida. Y yo sabía perfectamente lo mucho que se despreciaba por consentirlo. Veía cómo, con los años, había minado el respeto que se tenía como madre, eliminado su seguridad y su voz, y cómo la había debilitado hasta el punto de no gustarse o no reconocerse siquiera y, aun así, seguí insistiendo.

La primera etapa de mi tiempo en este reino de muerte, que sentí como si hubiese durado años, la pasé inmerso en un bucle infinito compuesto de todas las traiciones y decepciones vividas, de todas las formas en que mis compañeros, hijos y supuestos amigos habían puesto de manifiesto su estupidez o debilidad, reviviendo toda aversión justificable y ejecutando venganzas imaginadas. Naturalmente, tú estabas entre las primeras de la lista.

Abandoné el mundo tan furioso contigo, que para castigarte me negué incluso a avisarte de que me estaba muriendo. No te llamé para despedirme. Quería que las esquiras de mi rabia te cortaran y te hicieran sangrar para obligarte a llevarme contigo, para que arrastraras una hemorragia de culpa y desesperación y te preguntaras durante el resto de tu vida por qué nunca estuviste a la altura, por qué nunca fuiste la hija que esperaba que fueras.

Resuelto a dejarte sin cierre ni final, no planeé ni permití siquiera que se celebrara una ceremonia o un funeral. Me parecían demostraciones vulgares y patéticas de emociones absurdas e inútiles. Y, además, si me llorabas, era muy probable que terminarás desprendiéndote de mí. Retenerte era el único poder que me quedaba a esas alturas, la única forma de agarrar tu ser, la única forma de llamar y conservar tu atención.

Pocos días después de morir, antes de entrar en este plano, te vi sentada en el suelo de mi armario en Florida con la cara hundida en mi viejo jersey amarillo de cachemira. Al principio no entendí qué estabas haciendo, pero luego, a medida que te observaba, comprendí que estabas oliendo lo que quedaba de mí, inhalando mi colonia y mi esencia, tratando de hallar un lugar en el que depositar tu dolor. Y, a mi pesar, aquello me conmovió. Me devolvió a un tiempo que había sido dócil entre los dos, un tiempo albergado por un cariño casi insoportable. Verte en el suelo ante mi armario, tratando de hallarme, de hallar esa ternura, provocó en mí una oleada de tristeza y pérdida; y entonces desaparecí. Dejé atrás tu mundo, dejé atrás la belleza, dejé atrás la posibilidad de la salvación. Y fui arrojado al interior de una desenfadada repetición de ofensas y agravios.

Dicen que así como vives, morirás. Y es cierto que con el tiempo mi furia se volvió letal. «La ira es un veneno que preparas para tu amigo, pero que bebes tú mismo», solía advertirme mi madre, ya que siempre estaba inexplicablemente furioso. Y entonces mi rabia cambió de sentido y me pudrió el cuerpo inundándolo de un terror insufrible. Fue como si la ira se hubiese replegado sobre sí misma, devorando y asfixiando mi angustiada psique en un callejón de lamentos, de una ansiedad insoportable, de dudas desgarradoras y de una torturadora autorrecreación. No podía

avanzar. No podía retroceder. No había salida. Paralizado en este lugar del limbo, carecía del lenguaje y de la voluntad, y de la comprensión para liberarme.

Sé que fui un cínico que rechazaba con desdén todas las sandeces relacionadas con el más allá. Pero ¿qué sabía yo sobre nada? Y a esto ni siquiera lo llamaría el más allá. No está «más allá» de nada, sino a continuación. En este sentido, la muerte es atroz e infinita. O quizá solo lo sea esta muerte concreta que me ha tocado a mí. Imagino que habrá otros a quienes su buen propósito los lleve en sus alas a lugares más resplandecientes.

Si he aprendido algo aquí –y no ha sido fácil aprender gran cosa, pues mi cerebro está ofuscado por la angustia–, lo que he descubierto es que es de suma importancia resolver los conflictos mientras vives, puesto que todos los asuntos pendientes te persiguen al siguiente plano y determinan el estado de tu ser. Todo agravio que hayas ocasionado en vida, todo daño cuya culpa no hayas asumido, se convierte en una especie de fango espiritual, una sustancia viscosa que construye tu encierro. Es una jaula, pero está dentro de ti, y eso resulta todavía más insufrible e inquietante. Estás atrapado en ti mismo, absorbido por el barro de la obsesión eterna. Gritarías, pero el lodo es tan denso que impide que te salga la voz. No hay alivio posible.

Por eso te doy las gracias, Eve, por invocarme, por darme esta oportunidad de rendir cuentas por mis espantosas acciones. Sé que no hay ninguna garantía de que vaya a ser liberado de este angustiante limbo, pero tu ofrecimiento de recibir esta disculpa ya ha modificado este paisaje de desesperación.

Soy consciente de que tu propósito es claro. La profundidad y la sinceridad y la necesidad de tu misión son evidentes y potentes. Sé que me estás pidiendo que me disculpe, y debo decir que este terreno me resulta desconocido y antinatural. No recuerdo haberme disculpado jamás por nada. De hecho, se me inculcó que al pedir perdón uno muestra debilidad, se vuelve vulnerable.

Imagino que es mi vulnerabilidad precisamente lo que necesitas de mí, tal vez fue lo que siempre necesitaste. Haré todo lo posible por no justificar ni racionalizar mis acciones. Al contrario, trataré de dar cuenta de mis acciones e intenciones. Al contártelas, no pretendo obtener comprensión ni perdón, se trata de una confesión en el sentido más profundo. Ciertamente, es algo que preferiría que permaneciera oculto ante ti, ante Dios, ante mí mismo. Pero ha llegado el momento de someterme, sin reservas, sin justificaciones, a esta rendición de cuentas.

Me he preguntado: ¿qué es una disculpa? Es humildad; es la admisión de las ofensas y una rendición; es un acto de intimidad y conexión que exige un gran autoconocimiento y entendimiento. Estoy seguro de que no daré la talla.

Esta disculpa requería tiempo, no podía precipitarse. Afortunadamente, aquí he practicado al revivir y reiterar mis crímenes sin parar, recreando mentalmente todos los detalles. Sé que has dicho que las disculpas deben ser exhaustivas y que solo merecen ser creídas en la medida en que sean veraces y detalladas. Me he esforzado al máximo. He seguido tus muy estrictas instrucciones: reconocer que lo que he hecho es un crimen; afrontar la dureza con la que mis acciones y violaciones te han afectado y destrozado; verte como a un ser humano; tratar de experimentar o

sentir lo que sentiste en tu interior; arrepentirme y lamentar mis acciones profundamente; y, finalmente, hacerme responsable de mis actos haciendo un inmenso esfuerzo por comprender qué me llevó a hacer lo que hice.

En esta carta tendré que retroceder para localizar las raíces de mi comportamiento. Seré tan honesto como una persona que anteriormente fue hipócrita sea capaz de ser. Trataré de proceder sin adoptar una actitud defensiva o autocompasiva, pues comprendo que no servirá para aclarar o resolver nada.

Entre los vivos, muchos creen no tener ninguna relación con los muertos. Yo era de esos, me ocultaba en el engaño, o quizá en la esperanza, de que lo que se fue, se fue. De que en vida somos criaturas de carne y hueso, y de que morimos y nos pudrimos o somos incinerados en éter.

Los muertos anhelan a los vivos, puesto que tan solo a través de ellos, mediante sus elucubraciones más profundas y su empatía, logran conocerse a sí mismos y ser liberados. Y si los vivos son capaces y están dispuestos a acceder a su amor por los muertos, si son capaces de acceder a su rabia contra los muertos, y en definitiva, de mantener una relación y un diálogo verdadero con los muertos, los muertos se alzarán y hablarán. Permanecemos alojados y escondidos en nuestras familias y en nuestros seres queridos, en aquellos a quienes hemos herido y en aquellos a quienes hemos cuidado. Estamos en las paredes de las casas viejas y en el silencio del ocaso, en los momentos de celebración, en los ritos y rituales de los nacimientos, de los casamientos y de los funerales, y en cualquier lugar en el que los vivos ansían la presencia y la aprobación de los muertos. Estamos presentes como una célula latente en el torrente sanguíneo, esperando que nos catalice la devoción de los vivos, y su necesidad de comprender y de alcanzar una resolución. Ahí estamos, encendidos por la generosidad que demuestran los vivos al recordar y estimar y pelear y luchar y restaurar.

No me sorprende que seas tú, Evie, quien me haya invocado. Tú, que estuviste dispuesta y fuiste capaz de soportar mi tristeza y mi dolor cuando yo no podía acercarme a ellos, de llorar mis lágrimas cuando yo estaba seco, de reivindicar y sostener y tratar de conocer la esencia de un alma a la cual yo había traicionado.

Estoy seguro de que te sorprenderá ver que sé escribir, y todavía más descubrir mi forma de hacerlo, el lenguaje que empleo. Yo mismo me he sorprendido, francamente. Me imagino que es más formal y emocional de lo que habías previsto. Pero lo que no sabes (o quizá sí sepas, muy en el fondo) es que soñé con ser escritor. Escritor o rabino. Soñé con una vida solitaria de meditación, estudio y reflexión, con una vida filosófica para tratar de comprender las grandes cuestiones relativas al significado y a la materia.

En muchos sentidos soñé con la vida que tú has tenido. Y si hallo algún consuelo en contemplar las consecuencias de mis deplorables acciones, a veces imagino que tal vez fueran mis sueños frustrados los que entraron en ti e inspiraron tu destino. No estoy tratando de atribuirme el mérito de quién eres o de tus logros. Tú has levantado tu vida, centímetro a centímetro. Y sé que una gran parte de quien eres no tuvo tanto que ver con construir como con reconstruir, con unir los

fragmentos de tu ser que yo, con violencia y estrategia (consciente o inconscientemente), hice astillas y esparcí. Soy plena y trágicamente consciente de quién habrías sido: una mujer segura de ti misma, segura de tu memoria y de tu inteligencia, feliz, viviendo en el interior de tu cuerpo. Vi quién eras antes de obrar mi destrucción.

Y quizá por eso tuve que lastimarte tanto, que trabar tus rodillas desde el principio. De ninguna manera iba a permitir que me superaras, que me pusieras en evidencia como el fraude o el fracaso que era. Pero tal vez, solo tal vez, te transmití una parte de mi verdadero anhelo. ¿Sabías que soñaba con estudiar la Torá? Mi mayor ambición era entregarme en cuerpo y alma al texto, sacrificar incluso mi vida por él.

No deseaba tener hijos o esposa, y por eso no me casé hasta los cincuenta años. Me resistí todo lo que pude con la esperanza de que alguna intervención milagrosa cambiara mi camino y me concediera el sueño de una vida que yacía enterrada bajo esta. Las personas me interesaban muy poco. Me irritaban y me decepcionaban, mientras que los libros y las ideas me servían de sustento e inspiración. Mi espíritu huraño e inquieto estaba atrapado en una casa de los años cincuenta, con una mujer del Medio Oeste, tres hijos, un Cadillac verde oliva y una empresa de polos que dirigir. ¡Qué absurdo!

Así que te doy las gracias. Tu llamada y tu presencia han interrumpido mis vueltas y, por primera vez en treinta y un años, el dolor y la tortura se han detenido. Y por ello, aunque solo sea momentáneamente, te estoy profundamente agradecido. Qué extraño, yo nunca estuve agradecido. No recuerdo haber pronunciado jamás esa palabra. ¿Por qué iba a sentirme yo agradecido cuando el mundo entero me fue concedido por pleno derecho? Sucedió lo contrario, era el mundo el que debía agradecer mi existencia.

Ese privilegio, el derecho divino de los reyes, me lo confirió mi madre, quien según el decir general era una autoridad igual de presente, formidable y fiable que Dios. Era muy hermosa y muy estricta.

Fui el hijo menor, nacido mucho después que el resto, a todas luces no planeado, pero sin duda especial. Fui el accidente que se convirtió en milagro. El favorito. El elegido. El niño que iba a cumplir la promesa de las más elevadas aspiraciones de mi madre y a descargar a mi padre de su depresión y de su desilusión crónicas. Desde el momento en el que tuve consciencia, se me hizo creer que era mejor, más inteligente, más valioso, más digno de admiración que quienes me rodeaban. Lo que no sabía era por qué razón. Sigo sin saberlo.

Lo que supe instintivamente es que la sobrecogedora necesidad de mi madre de que todo esto fuera verdad tenía tanto que ver con ella como conmigo. Negarlo o contradecirlo habría cuestionado su ser frágilmente construido y la habría arrojado a la desesperación.

Yo fui su salvación. Mi llegada proclamó la era de la buena fortuna. De alguna forma, mi mera existencia iba a resucitar su deprimente matrimonio y redimir su sufrimiento. Yo era la luz, el preferido, el hijo salvador. Existe una especie de jerarquía implícita en la adoración. El

idolatrado queda por encima de ti, fuera de tu alcance. Así que yo me sentía solo, angustiosamente solo. La soledad del venerado.

Desde el principio se te tiene por especial. Estás ahí para satisfacer la necesidad de la persona que te adora, de la persona que te ha convertido en objeto de adoración. Y un objeto es lo que era. La adoración que mi madre sentía por mí parecía distanciarla del objeto de su adoración, como si tocarme fuera a mermarme, como si tratarme como a un ser humano fuera a convertirme en humano. No recuerdo que jamás me cogiera en brazos o me abrazara. No recuerdo que jugara conmigo, que me persiguiera, corriendo por la hierba verde conmigo. Sí la recuerdo dirigiéndome, corrigiéndome, gestionándome, instruyéndome, modelándome y construyéndome. Dejé de ser el sujeto de mi vida y raramente se me permitía sentir tristeza, llorar o portarme mal.

Mi padre, Hyman, era austriaco, y mi madre, Sarah, alemana. Ambos habían sido criados bajo la más severa de las disciplinas. Eran devotos de las prácticas de un reconocido y muy célebre médico alemán, el doctor Daniel Gottlob Moritz Schreber. El doctor Schreber creía firmemente que a los bebés había que enseñarles desde el principio a obedecer y que debían abstenerse de llorar. La forma de controlar a un bebé, predicaba el doctor, era asustándole; a partir de entonces serías su amo para siempre. Recomendaba encarecidamente a los padres que se abstuvieran de ofrecer demostraciones físicas de afecto como abrazos, achuchones o besos.

La teoría era que, mediante la negación de afecto y la provocación de terror y de humillación, los niños obedecerían a las figuras de autoridad y quedarían disuadidos de actuar por voluntad propia. Había reglas estrictas y detalladas. El niño las seguiría y, como una planta trepadora fijada a una celosía, crecería recto y hacia arriba, alcanzando la cima del éxito social y económico y el poder.

Ni mi madre ni mi padre toleraban ninguna digresión con respecto a los planes que me tenían reservados. Al ser tantas las esperanzas que habían depositado en mí, eran más severos conmigo que con sus otros hijos. Yo era su proyecto y debía ser moldeado y perfeccionado. Todos mis movimientos estaban vigilados. Se podría decir que mi madre era contenida o fría, pero la adulación es una ofrenda poderosa y afrodisíaca. Te llena de una versión salvajemente mejorada, lo que te carga de una seguridad enormemente distorsionada y exagerada, una euforia agresiva que nunca descansa.

Y a medida que todo esto ocurría, en mi interior sentía dolor, desilusión y vacío. Pero aunque mi madre me idealizaba, mi padre me consideraba vago, consentido, desmotivado, desinteresado, descentrado, una especie de perdedor. Me sentía mucho más identificado con la versión que él tenía de mí, lo que explicaría mi ira infinita. La separación entre la versión que mi madre tenía de mí y cómo me veía yo en realidad me confundía y me frustraba. Por un lado, la adoración me resultaba sumamente halagadora y me acariciaba el ego, pero por el otro, mi madre carecía de interés y de capacidad de verme tal como era, lo que significaba que no me prestaba atención, que en realidad ni me escuchaba ni me miraba. Lamentaba cualquier indicio de debilidad o inseguridad. No tenía ni tiempo ni paciencia para mis niñerías.

Luego estaban mis hermanas, Anna, Beatrice y Rose. Tenían quince, catorce y trece años cuando nació. Yo era un juguete al que adoraban, era su trofeo.

No podía librarme del sentimiento perpetuo de que era un fraude y que no tardaría en ser descubierto. No podía limitarme a ser un niño normal con instintos salvajes y juguetones, fantasías y una alegría traviesa. Vivía sometido a una presión y a una pretensión indecibles para estar a la altura de aquella persona de cualidades sobrehumanas, cuando por dentro me carcomían la incertidumbre y la confusión y otras necesidades de lo más humanas.

Mi ya emergente pomposidad me alejaba de los demás niños. Me consideraban arrogante y engreído. Más que abusón, era un esnob insufrible. Básicamente, no había nadie que fuera lo suficientemente bueno para ser mi amigo. Mis padres lo confirmaban siempre que llevaba a alguien a casa a jugar, ya que se mostraban enormemente críticos y desdeñosos. Su actitud me avergonzaba profundamente, así que al final dejé de invitar a otros niños a casa.

Me fui aislando cada vez más. No tenía a nadie con quien hablar, nadie con quien compartir mis dudas, nadie con quien jugar, y ninguna conexión real con nadie que no perteneciera a la construcción mítica que era mi familia. El único contacto real que tenía era con mi hermano mayor, Milton, con quien me llevaba once años. Compartí habitación con él durante cierto tiempo. Era un chico profundamente infeliz y parecía dirigir su frustración y sus celos hacia su entronizado hermano. Me profesaba un enorme desdén y parecía deleitarse con placeres sádicos, inventando constantemente extrañas torturas y horrores; me despertaba poniéndome gotas de alcohol en los ojos, escondía hormigas rojas en mi ropa interior, me convencía de que la forma y el tamaño de mis genitales eran una aberración. Me encerraba en el armario durante horas, me ataba a los pilares de la cama hasta que mis muñecas estaban en carne viva. Vivía con el terror de que un día me hiriera de gravedad o tal vez me matara. Sus torturas ocurrían en secreto. No tenía a nadie a quien recurrir, ya que decírselo a alguien me habría hecho parecer débil e incapaz de valerme por mí mismo. Él lo sabía, naturalmente, y sin nadie que lo estorbara, su perversidad fue aumentando y adoptando formas nuevas y más aterradoras. Yo sufría en silencio, armándome de valor y encerrándome en mí mismo, consciente de que las expresiones de vulnerabilidad o miedo no tenían cabida. Aprendí a alejarme de la vergüenza y del terror construyendo una personalidad alternativa. Desarrollé la capacidad de no sentir nada. Aprendí a desaparecer.

Imagino que fue entonces cuando cerré las válvulas de la empatía, pues sentir el dolor de cualquier otra persona habría supuesto, casi con total seguridad, sentir el mío propio, algo que no podía tolerar. Mitigaba la rabia y el terror que experimentaba a diario con una obsesiva vida de fantasía repleta de visiones de venganza y destrucción. Mi personalidad se forjó en este tenso campo de batalla. En lo más profundo de mi ser me volví intocable, y las fantasías que reproducía sin cesar llegaron a moldear muchas de mis acciones posteriores. Nadie volvería a menospreciarme, humillarme o herirme jamás. No sin tener que afrontar las consecuencias más severas. Mi aislamiento creció a medida que entré en la adolescencia, y ello, junto al violento

ataque de la pubertad, hizo que me sintiera desmesuradamente nervioso, inquieto y agitado. No existía ningún lugar en el que pudiera estar tranquilo o relajarme, ni dentro ni fuera de mí mismo.

Estaba poseído por una energía demoníaca que estaba seguro de que me conduciría a cometer crímenes violentos, a la locura o al desastre. Y quizá eso es lo que quería para mis adentros, una crisis que demoliera y erradicara para siempre aquella imagen intolerable, aquella idea absurda y despótica de mi perfección superior. Gracias a un imprevisto golpe de suerte, en mi decimoséptimo cumpleaños, un tío mío que se dedicaba al espectáculo se ofreció a llevarme a ver una película por primera vez. Y ahí se abrió una puerta y hallé una forma de salir de mi miseria. John Barrymore, Errol Flynn, Gary Cooper, Rodolfo Valentino. Eran increíblemente apuestos y tenían talento, pero, sobre todo, eran encantadores. Encantadores.

Allí, en esa enorme pantalla, conocí la idea del carisma. Aquellos hombres eran capaces, mediante su gracia natural, de gustar y seducir. Tenían la capacidad de mantener al público totalmente cautivado y de henchirlo del placer más profundo. No tenían que esforzarse para controlarlo. Era como si hubiesen hipnotizado a los espectadores con el carácter innato de su ser. Y no todo se debía a su sorprendente belleza, ya que yo era un joven bastante apuesto y no había cosechado ningún éxito gracias a mi físico. No; de alguna forma, aquellos hombres de la pantalla tenían la capacidad de infundir vigor a sus físicos y usarlos con un carisma de inspiración divina. Era como si su belleza tuviera inteligencia, como si hubiese sido elevada por una energía embriagante e intangible, un dinamismo enigmático que te atraía y te mantenía anhelante, loco, atrapado.

Iba al cine cada vez que tenía oportunidad. Estudié a aquellos hombres, absorbí todos sus movimientos, sus sonrisas, su ropa, su seguridad, su forma de entrar en los sitios, su forma de cautivar a las mujeres. Empecé a moverme como ellos, a posar como ellos. Perfeccioné el improvisado gesto de pasar la mano por mi cabello arreglado con elegancia casual y la mirada penetrante pero misteriosa desde el otro lado de la sala. De pronto tenía una imagen que era mía, no de mi madre, una idea de quién quería ser, y la imagen lo era todo. Me di cuenta a una edad muy temprana de que la cultura norteamericana se basaba en una fotografía, en una fantasía. Para tener éxito debías entregarte por completo a esa creación.

El carisma fue mi fortificación. Cumplía un propósito doble: atraía a las personas y las mantenía entusiasmadas y deleitadas durante el tiempo necesario para que cayeran bajo mi hechizo. Entonces, luego, incluso cuando se sentían menospreciadas o heridas o me tenían miedo, el carisma las confundía, pero como una mosca a la miel, se aferraban a mí a pesar de su dolor. De la noche a la mañana, mi estatus entre mis iguales pasó de ser oscuro a misterioso, de aborrecido a imitado. No estoy seguro de si, entonces o en cualquier otro momento, alguien llegó a conocerme de verdad o si agradé a alguien (y, siendo totalmente francos, ¿qué había en mí que pudiera agradar?), pero me seguían, los asombraba; querían estar cerca de mí y tener lo que fuera que yo tenía.

Naturalmente, se trataba de una ilusión titilante, una quimera, pero ¿a quién le importaba? El

carisma tapó la fealdad de mi grandiosidad. Endulzó mi arrogancia. No era menos esnob, pero ahora me admiraban por ello, ya que parecía estar justificado. En los años anteriores a conocer a tu madre perfeccioné mi interpretación, y de verdad parecía que mi vida entera era un gran espectáculo. De algún modo, esta resplandeciente nueva interpretación de mí mismo parecía mantener a raya las duras críticas y el desdén de mi padre. Mi compromiso con esta nueva actitud, vestimenta y modales lo impresionaba, y de pronto tuvo fe en que finalmente me convertiría en el chico dorado que él y mi madre habían soñado y traería riqueza y estatus a la familia. El amor y la devoción que me profesaban mis hermanas y mi madre se volvieron todavía más profundos. Era el nuevo rey americano, el camino hacia un futuro glamuroso y brillante para todos. Incluso a Milton, mi despiadado hermano, esta afectación lo desconcertó y pareció casi inspirarlo. Poco a poco empezó a imitar mi forma de vestir y a veces me acompañaba al cine.

El joven torturado e iracundo que habitaba en mi interior se encontraba ahora firmemente oculto, disfrazado con elegantes trajes hechos a mano. Se vestía con seguridad y elegancia, y parecía, al menos momentáneamente, transformar a sus enemigos en admiradores gracias a su estilo y encanto. Como podrás imaginar, no era más que un remedio de lo más sintético para lo que ahora solo puedo identificar como una enfermedad del alma. Me había lanzado al mundo como alguien diametralmente opuesto al hombre profundo, reflexivo y filosófico que había soñado ser. En efecto, me estaba convirtiendo en todo lo que secretamente despreciaba.

Y es que ahora veo, tras años de obcecación incesante en el reino de los muertos, que no existe ningún dolor que podamos enterrar o evitar de veras en nuestro interior. El hombre torturado que traté de dejar atrás terminaría saliendo a la superficie. Todos los años que pasé obligándole a permanecer enterrado, toda la tristeza y el dolor que ignoré y a los que resté importancia terminaron metastatizándose en una entidad y regresando como un demonio absolutamente aterrador. Entonces se adueñó de mi vida, y muy desafortunadamente, durante los últimos treinta y un años se ha adueñado de mi muerte en el limbo. Soy consciente de que hablo de él en tercera persona. En ningún caso estoy tratando de rehuir mi responsabilidad por sus actos. Se trata más bien de una indicación de la profunda desconexión que sentía con respecto de la persona a la que llamaré Hombre Sombra.

De la misma forma que mis padres no habían visto ni prestado atención al niño que de verdad era, de la misma forma en que me idealizaron y me convirtieron en rey, yo, por mi parte, aprendí a hacer lo mismo.

En mi mente, me convertí en Dios, en alguien todopoderoso y perfecto. El Hombre Sombra no tenía cabida en esa historia, así que lo desterré igual que me habían desterrado a mí. Si él sentía dolor, yo me mostraba impaciente y le decía que se espabilara. Si él tenía miedo o dudas, lo acosaba juzgándole sin compasión. Si los andrajosos bordes de su baja autoestima salían a la superficie, le daba una dosis de grandiosas visiones sobre mi pericia y mis logros. Si trataba de recordarme lo mucho que me había alejado de mis anhelos espirituales, lo humillaba hasta que obedecía denigrando sus imprácticos e insensatos sueños, y glorificando mi creciente fortuna.

Bebía para alejarlo de mí, alcanzaba éxitos para alejarlo de mí. Pero durante todo ese tiempo, el Hombre Sombra urdía planes, se enfurecía y se agitaba. Su sentido de la traición, su rencor, su rabia, crecían como lava volcánica burbujeando bajo la superficie de mi piel. No afloró hasta mucho más tarde. La fricción constante provocada por el creciente desdén que sentía hacia mí mismo, mezclada con mi arrogancia y mi incapacidad y rechazo totales por cambiar de rumbo, afianzaron un futuro en el que me volvería cruel y violento.

Pero el Hombre Sombra no afloraría hasta mucho más tarde. En los años que siguieron construí una vida basada en el carisma, el atractivo y el esnobismo. Me movía en círculos glamurosos y modernos. Durante un tiempo trabajé de modelo, y jamás se me veía en público sin alguna actriz explosiva o sofisticada mujer de la alta sociedad cogida del brazo. Me invitaban a los clubes más exclusivos. Subí, aparentemente sin esfuerzo, a la cima de la sociedad y del mundo empresarial. Naturalmente, la ironía estaba en que despreciaba a los impostores e hipócritas que me dieron la bienvenida a sus círculos y en que el dinero no me interesaba. Pensaba que el dinero estaba por debajo de mí y que era vulgar, un simple medio para mantener mi fachada. Pero quizá fue precisamente ese desdén por todo aquello lo que atrajo mi buena fortuna.

He observado que a menudo las personas parecen perder la cabeza por alguien que no tiene interés en ellas. Se sienten atraídas por los más críticos y los más moralizantes porque a través de ellos confirman su sospecha más profunda: que son unos farsantes que carecen de valor alguno. Yo exploté esta debilidad para encumbrar y mantener mi posición. La gente se sentía intimidada por mí, ya que podía intuir el desprecio subyacente que sentía por sus patéticas inquietudes. Pero mi encanto y mi aspecto la distraía y la atraía. Mi vida era un juego que debía dominarse, una personalidad y una imagen que debían moldearse y perfeccionarse. Yo era lo que estaba empezando a conocerse como el hombre americano moderno.

Y aquí es donde tu madre entra en escena. Mis días de soltero mujeriego estaban empezando a agriarse: estaba pasando rápidamente de ser considerado un adorable bribón a un sinvergüenza insensible. Me acercaba a los cincuenta años y nunca había tenido una relación que hubiese durado más de unos meses. Me decía a mí mismo y a los demás, especialmente a mis hermanas mayores, que estaba esperando a «mi media naranja», pero en realidad me aterraba todo lo que tuviera que ver con la idea del matrimonio y de la familia. La idea de encontrarme enclaustrado en una casa con una mujer insulsa y unos niños irritantes en la deprimente rutina me resultaba paralizante.

Fue en esta época cuando conocí a tu madre. Ojalá pudiera decirte que nos enamoramos locamente, pero no fue eso lo que ocurrió (aunque debes saber que llegué a querer mucho a tu madre, a mi manera).

Nuestra situación fue distinta. Tu madre era veinte años más joven que yo, y su belleza y juventud resultaban un vistoso contraste y complemento junto a ese elegante y canoso hombre mayor. Era impresionante: rubia, de buenas proporciones, joven y preciosa, blanco de todas las

miradas. Tenía la elegancia de lo hermoso y la pasividad de lo observado. Pero lo que nos atrajo el uno al otro fue que ambos nos reconocimos en el otro.

Éramos escapistas, ambos huíamos de la prisión de nuestros sofocantes pasados, de la asfixia de nuestras familias y de varios aspectos de nuestras inconstantes personalidades. Y éramos productos fabricados por nosotros mismos; tu madre, en un intento de eliminar cualquier indicio de una infancia pobre, rural y del Medio Oeste, se tiñó el pelo de rubio, se cambió el nombre y se moldeó un estilo y una personalidad a base de observar a las divas de las películas. Éramos dos intérpretes solistas que unían fuerzas y formaban un dueto que encandilaba al público; éramos Arthur y Chris. Hacíamos de todo menos bailar, así que cuando luego la gente se refería a nosotros constantemente como Cary Grant y Doris Day, supimos que lo habíamos logrado. Éramos pura invención, una fantasía. Existíamos únicamente en nuestra interpretación, y en esos primeros años, el espectáculo nos salía de maravilla.

Cenábamos y nos movíamos en los círculos más admirados de la ciudad de Nueva York y lubricábamos nuestras vidas con martinis muy secos. Para entonces, yo ya había subido peldaños en la empresa de helados y me encontraba en una posición importante. Nos vestíamos acorde a nuestros personajes; nos aprendimos diálogos y réplicas ingeniosas. No teníamos ni idea de quiénes éramos y, definitivamente, no sabíamos nada el uno del otro. Cuando estábamos a solas, nuestras conversaciones no eran profundas: estábamos comprometidos con un ascenso social escondido bajo una fachada impenetrable y estudiada hasta el último detalle. Éramos misterios cuidadosamente diseñados, encantadores, evocadores, sin puerta de entrada.

Durante los primeros años juntos, a los dos nos vino bien que las cosas fueran así. Teníamos riqueza y carisma y buena apariencia y estatus y alcohol. Nuestras relaciones sexuales eran superficiales, también una interpretación, aunque tal vez tú no quieras saber esas cosas. Nuestro matrimonio era un arreglo equitativo que elevaba y sostenía nuestra posición y nuestro poder. Un pequeño negocio. Yo, el director ejecutivo; ella, mi secretaria. Sin embargo, terminé por caer preso de mi pomposidad. ¿Cómo podía yo, con mi carácter e ingenio superiores, no dejar un legado? ¿Cómo podía yo, con mi encanto, mi apariencia y mi inteligencia, no reproducirme? Aunque, francamente, no creo que ni tu madre ni yo pensáramos en los hijos como si fueran otra cosa que utilizaría para nuestro estilo de vida en constante evolución.

Desde joven, la idea de tener hijos siempre me causó muy mala sensación, un sentimiento escalofriante de que me arrojarían hacia un inesperado desastre. De adulto, tenía alergia a los niños, y ellos a mí.

Los niños me resultaban inquietantemente ajenos y espantosamente familiares. En la superficie, me molestaban y me irritaban, pero el roce era mucho más profundo. De hecho, tener hijos fue el catalizador del regreso del Hombre Sombra. Y ahora sé que mi instinto de no tener descendencia era correcto.

Nunca se me había permitido ser niño. Los niños eran la evidencia incontestable de quién había sido yo en el pasado: vulnerables, dependientes, incontrolables, caóticos, vivos. Suscitaban una

insuportable ausencia en mí, un insuportable anhelo y sentimientos de profunda traición. Una rabia asesina. Detestaba su dependencia infinita porque ponía la mía al descubierto.

Pero fue tu nacimiento, Evie, tu llegada, la que me provocó el mayor desconcierto y perplejidad. Nada me había preparado para tu ternura, nada me había preparado para la ternura que despertarías en mí. En tus primeros años, no me fiaba de mí mismo cuando estaba contigo. Cada vez que te tenía en mis brazos y sentía la suave piel de tu cálido cuerpo de bebé, cada vez que tus deditos se enroscaban en mis dedos de hombre adulto, un pulso acelerado me sacudía el cuerpo entero. El fuego de esta conexión era la sensación más potente que había sentido jamás. Era más electrizante que lograr el puesto de director ejecutivo, más erótica que un orgasmo, más extática que mis más intensas oraciones. Aquella energía colmaba todas las células de mi cuerpo, me abstraía de mi propio ser.

Nadie me había hablado jamás de este tipo de sentimientos. No tenía ni la menor idea de que iba a sentir todo aquello por mi hijita. No conocía el amor, ya que jamás había sido amado. Había sido adorado, había sido idolatrado, había sido un salvador. No había probado la melosa leche del pecho de mi madre que habría alimentado y saciado mi alma y mis células. Mi cuerpo no sabía cómo recibir o soportar un júbilo de tal dulzura.

Cada vez que me atrevía a acercarme a tu cuerpecito me sentía paralizado, aterrorizado, saturado por el miedo. A tu madre le parecía gracioso y típico de los hombres de mi generación, quienes temían la extrañeza y la fragilidad de los bebés. Pero no se trataba de eso en absoluto. ¿Cómo podía decirle a tu madre que el tacto de tu piel nueva me provocaba unos espasmos de frenesí y fervor incomparables a lo que había sentido jamás con ella o con cualquier otra mujer? Que tu tierna esencia había abierto de par en par la cámara de acero de mi corazón y mis entrañas, y que me poseía un deseo absorbente que llenaba mis días y mis noches de dicha y agonía. ¿Cómo decirle que eras todo lo que anhelaba, que ningún otro tacto sería tu tacto, que ninguna dulzura me sabría así de dulce? En ese momento, ya la había traicionado.

Tú me devolviste la fuerza vital. Eras el don de la pasión surgido de mi propio esperma y de mi propia carne. Tú eras la llamada, la invitación, la exaltada invitación de lo sublime. A tu madre no podía contarle ni le habría contado nada de esto, y así se sembraron las semillas del secretismo, de la crónica manifestación de una doble vida. Lo intenté. Intenté mantenerme alejado. En esos primeros tiempos, antes de cruzar el mar de lo prohibido, le pedí a Dios que me librara de aquella posesión. Si te soy totalmente sincero, mis oraciones eran poco entusiastas, hipócritas. El deseo y el destino ya se habían fundido.

Tu nacimiento había catalizado al Hombre Sombra, su hambre rapaz cargada con la furia de mil caballos salvajes empujados por el viento de su libertad. Su bestial sentido del privilegio se catalizó dentro de la erótica esencia de tu ternura. De algún modo, tu existencia era prueba de ello; tu pureza, tu viveza, eran el alimento que él ansiaba para poder sentir las suyas propias. Y esperaba, pacientemente, como un león tras un arbusto, listo para cuando llegara el momento adecuado de atrapar a su presa.

Durante tus primeros años de vida, mantuve las distancias. Apenas te tocaba, aunque por las noches a menudo entraba a hurtadillas en tu habitación y me quedaba al lado de tu cuna mientras dormías. Me acercaba e inhalaba el dulce aroma de tu aliento infantil. Te tapaba con tu mantita blanca, y mientras envolvía tu cuerpecito en ella me invadía la sensación de estar cayendo, cayendo, adentrándome en un universo lechoso que me ofrecía una seguridad y un deleite que no había conocido jamás. En tu cuna-altar, envuelta de algodón blanco, totalmente vulnerable y confiada, tú eras la radiante ofrenda.

Entonces cumpliste cinco años. Los cinco trajeron algo consigo. Tu cara se iba pareciendo a la mía; tus ojos castaños, más repletos de vida y más seductores; tu cuerpo infantil de pronto femenino; tu inteligencia manifestada a través de tu travieso sentido del humor. Jugabas conmigo, me tomabas el pelo. De algún modo, parecías conocerme de una forma que nadie me había conocido antes, disfrutar de mi persona, hallar un consuelo infinito en mi abrazo, buscarme. A diferencia de mi madre, no tenías una imagen de quién se suponía que debía ser. Me querías tal y como era. Y yo era el objeto de tu pura y absoluta adoración, el eje sobre el cual giraba tu ser. ¡Potentísimo embriagador! ¿Cómo podía yo saber que toda hija siente lo mismo por su padre? ¿Cómo podía yo saber que aquella adoración era una fase necesaria del desarrollo de una hija y que no debía corromperse? Lo que hizo fue reafirmar mis aires de grandeza; o, más bien, yo la utilicé para tal fin. Eliminó la inseguridad de ser un fraude. Llenó mi vacío. Había tenido una hija que percibía mi divinidad, que me adoraba como mi madre y mis hermanas me habían adorado, que me veneraba como los demás debían adorarme y me adoraban.

Eras mi tesoro, mi creación, reflejando ahora mi virtud y mi gloria. Y eras enormemente lista para tu edad. Parecías intuir mis necesidades y mis estados de ánimo. Si me sentía melancólico, cosa que ocurría a menudo, te subías a mi regazo y me dabas golpecitos en la mejilla como para distraerme, como para empujarme a salir de mi tristeza. Si estaba enfadado, solo tú te atrevías a acercarte a mí. Me hacías muecas, bailabas de forma estrafalaria y me hacías reír. Eras una niña de lo más amable, siempre ayudabas a los demás, eras excesivamente empática con quienes te rodeaban. No había vez que alguien llorara que no lloraras tú también. Tu corazón era el de un ángel. Y eras mía, la niña de papá, mi pastelito. Así te llamaba. Veo que ahora te repugna. Entonces no te daba asco. Pastelito. Pastelito. Una porción deliciosa rellena de succulenta y dulce fruta caliente.

Me esforcé al máximo por contener y esconder mi deseo, pero es imposible enmascarar ese tipo de pasión. Tu madre solía bromear con que Evie era «la niña de los ojos de papá». Y, en cierto modo, creo que ese apego la aliviaba y la animaba, ya que no me había acercado a ti en tus primeros años y le preocupaba que nunca llegara a conectar contigo. Todas las fuerzas conspiraban para empujarnos a estar juntos.

La ternura. La ternura lanzando dulces ondas de sonido por encima de la frontera. Oh, Señor, ¿una ternura así de intensa? Aquí, en el limbo, la ternura ha sido derrotada. No hay mejor descripción para la nada y su vacío que la ausencia de belleza y de bondad.

Ambas estuvieron estrictamente prohibidas en mi infancia, tomadas erróneamente por fragilidad y falta de masculinidad. No cabe duda de que son las que menos encontramos entre los vivos. ¿Hay algo a lo que temamos más que a la ternura? Ninguna guerra, ningún odio, ninguna crueldad podría hacernos sentir más indefensos. ¿Qué hacer con ella? ¿Devorarla, poseerla, aplastarla? Nunca se me ocurrió limitarme a convivir con ella, a convivir contigo, a no hacer más que sentir, reconocer y compartir la profundidad de mi afecto. Por el contrario, aquella sorprendente afección se convirtió en aflicción, en una maldición abrasadora. Estaba enormemente vacío y poco preparado. ¡Ay, Evie, te quería tanto!

¿Cómo empezó todo? Sé que esto te interesa mucho. ¿Cómo cruza uno las fronteras de lo permisible? ¿Cómo hace uno añicos un tabú codificado en la esencia de nuestro ADN colectivo? La respuesta es que lentamente, gradualmente. Te recuerdo que me preciaba de ser un hombre de moral muy elevada: era diligente al decir la verdad, no ganaba más dinero del que necesitábamos, creía en la moderación por encima de todas las cosas. Infundí en mis hijos los modales más estrictos para que fuerais siempre generosos y respetuosos con los demás. Valoraba mucho mi integridad.

Incluso en los negocios, como gerente de una empresa, la justicia estaba presente en todas mis interacciones. Detestaba la avaricia y el desperdicio, y nunca congenié con los nuevos ricos que se comportaban de forma vulgar e indulgente en su búsqueda de riqueza y posesiones. Vosotros, mis hijos, teníais todo lo que necesitabais. Aparatos para los dientes, ropa y zapatos. Unas vacaciones al año, clases de natación y de ballet.

Válgame Dios, ¿adónde quiero ir a parar con todo esto? Me temo que estoy reculando, tratando de convencerte de mi bondad, y definitivamente no es eso lo que necesitas o quieres. Solo trato de decir que un abismo separaba a la persona en que me convertí contigo de la persona que creía ser.

Empezó como algo que se integraba fácil y sencillamente en la vida cotidiana. Teníamos un juego. Yo cerraba los ojos y preguntaba: «¿Dónde está mi Evie? ¿Por qué se ha escapado, dónde se esconde?».

Tú chillabas contenta y gritabas: «Estoy aquí, papá. Estoy justo aquí». Con los ojos todavía cerrados, yo respondía: «Ay, ¿dónde está mi pastelito? ¿Por qué ya no me quiere?». Tú tirabas de la pernera de mis pantalones, agitando mi muslo. «Estoy aquí, papí. Estoy justo aquí.» «Ay, qué triste estoy de que se haya escapado. ¿Por qué habrá dejado a su papá?» Y tú, gritando, empujabas mis brazos y piernas. «Abre los ojos, papá. Abre los ojos. Estoy justo aquí.» Entonces se instalaba el pánico. «Abre los ojos, papá.» Te subías a mi regazo y tus deditos hacían todo lo que podían por abrir mis párpados, pero yo los mantenía sellados. Te ponías a llorar. «Papá, abre los ojos. Abre los ojos», y cuando me parecía que ya había durado suficiente, los abría con gran sorpresa y alegría. «Ah, ¡aquí está! Aquí está mi pastelito. ¡Pero no estoy seguro de que siga queriendo a su papá!» Y tú, sosteniendo mi cara, mirándome a los ojos, me cubrías las mejillas y la frente de besos. «Te quiero, papá, te quiero, papá.» «No sé, Evie, no estoy seguro.» Y tú te reías y gritabas y me dabas suaves puñetazos. «Eres mi papá. Solo mío, papá.» «No sé. ¿Estás

segura, Evie?» Y tú envolvías mi cuerpo con tu cuerpo y rozabas tu mejilla contra la mía como un gato salvaje en celo. Entonces te cogía y te abrazaba fuertemente y te subía y te daba vueltas. «Sí, creo que sí quieres a tu papá. Sí que lo quieres. Eres la niña preciosa de papá.» Y tú reías y chillabas de alivio y alegría.

Pero entonces, un día, fui demasiado lejos y esperé demasiado antes de abrir los ojos (ahora me pregunto si te estaba llevando al límite) y llegaste a estar desesperada. «Papá, papá, abre los ojos. Estoy justo aquí.» «No te encuentro, Evie.» Tú gritabas, chillabas, tirabas de mis párpados con unos dedos frenéticos. «¡Abre los ojos, papá, abre los ojos!» Entonces empezaste a suplicar y a llorar. «¡Papá, abre los ojos! ¡Abre los ojos!»

Y finalmente lo hice, pero para entonces estabas inconsolable. Gemías y gemías como si estuvieras experimentando una pérdida antigua y primitiva, como si hubieses conectado con la tristeza trascendental del universo. Lo intenté todo para calmarte. Te cogí en brazos, te besé, me puse serio contigo y te dije que pararas. Pero no querías, o tal vez no podías.

Y no sé por qué ocurrió en ese momento. Tal vez me afectó experimentar la extrema intensidad de nuestro vínculo, la profundidad de tu necesidad de mí. Nadie había gemido jamás porque quisiera mi atención. Tal vez fue tu absoluta vulnerabilidad y desesperación lo que le dio permiso para ponerse al mando al fin, pero el Hombre Sombra apareció. Y allí, en ese preciso momento, atravesó la puerta del pecado. Empezó a acariciar tu cuerpecito. Primero para calmarte, o eso es lo que se dijo a sí mismo. Las manos lentas y tranquilizadoras por el pecho, sobre el pequeño placer de los incipientes pezones. Aquello pareció reconfortarte y calmarte un poco. Pero a él más. Él quería que ocurriera. Bajó por tu suave tripa, donde te hizo cosquillas. Entonces, lentamente, más metódicamente, bajó, bajó a tu ropa interior de algodón. Sabía que debería haber parado. Sabía que lo que estaba haciendo era atroz, pero seguí. Era un hombre de cincuenta y dos años con una hija de cinco. Mi necesidad, mi deseo, eran más poderosos que tu bienestar o tu cordura. Ahora, la mano tocaba sin tocar el botón sobresaliente de tus partes íntimas. Imperceptible al principio. Probando, quizá. Usé tu receptividad, abusé de tu confianza. Me dije que tú lo querías. Dejaste de llorar. Mi tacto era una medicina venenosa.

Te sostuve en mi regazo y todas las fronteras se derritieron. Más allá del tabú, más allá de la ley, existía una galaxia de júbilo que subía y bajaba, subía y bajaba. El cielo entero parecía gritar. Sigue. No sigas. Sigue. Estás transgrediendo. Es tu derecho. Es un crimen. Es demasiado. Oh, Evie, tengo que parar.

He llegado a este punto demasiado rápido. Me está sobreviniendo igual que entonces. Estoy seguro de que parece que lo esté reviviendo, más que rindiendo cuentas.

Aquel día, el Hombre Sombra cruzó la línea y puso fin a mi vida tal como la conocía. Y a la tuya. Viajé a un reino que no se regía por nada racional o conocido. Corté del barco el amarre que me definía como a un ser moral y quedé por siempre proscrito en un mar agreste e implacable. Ahora lo veo, pero entonces la fuerza que me poseía era tan potente y absoluta que invalidaba todo juicio racional.

Tú eras un ángel venido a la Tierra para salvar mi alma, y yo anhelaba la salvación. Eras el don que me acercaba a mi corazón cuando yo ansiaba por encima de todas las cosas ser humano. En mi mente deformada, entonces estábamos casados, no como mujer y marido, sino en un sentido más profundo todavía, en una alianza que nuestros cuerpos habían establecido con Dios y con el otro. Eras mía, Evie, toda mía. Mi persona especial. La que, con su belleza, inocencia e ingenio, me había sacado de mí mismo, elevado a alturas que jamás había conocido, roto toda represión y hecho de mí un criminal deliberado para siempre.

A ojos del Hombre Sombra, la naturaleza clandestina de nuestra relación acentuaba nuestra conexión, su inmenso valor e intimidad. El secretismo es un tipo de droga bañada de Eros, de peligro y de riesgo compartido. Era nuestro secreto. Nadie podía tocarlo o conocerlo, era nuestro vínculo y nuestra promesa. El Hombre Sombra lo aprovechó plenamente. Nuestro secreto era una caja de oro en cuyo interior podía dejarte. ¿Por qué ibas a contarlo? ¿Por qué ibas a renunciar al paraíso?

A los cinco años sabías que te habías ganado mi corazón, que yo era tuyo, que no había nadie más que tú. Un conocimiento embriagador para cualquier niño que te dio un sentido del poder extraordinario e, imagino, totalmente distorsionado. Con que pestañearas con tus bonitos ojos o me tentaras subiéndote ligeramente la radiante enagua de crinolina bastaba para desarmarme. Me tomabas el pelo y me halagabas, y entonces, cuando me tenías atrapado, retirabas tu atención, arrojándome a un frenesí en caída libre. No sería honesto si dijera que no disfrutaba con ello. Hasta aquel momento, nadie había ejercido ese tipo de poder sobre mí. Nadie antes había conectado conmigo, jugado conmigo, perforado mi fachada. «Haz conmigo..., Evie, haz conmigo lo que quieras.» Y así empezó todo, así empezaron los días de éxtasis.

De pronto me encontraba en tu habitación al anochecer. Solo me sentía vivo entre la luz del día y la oscuridad, en ese reino crepuscular donde los sueños y los recuerdos son indescifrables. Así te controlaba. En aquellas afóricas horas en las que todos en casa habían sucumbido al sueño y tú estabas en trance, separada de tu cuerpo. Y yo me encontraba a mí mismo sentado en tu cama; de algún modo, el Hombre Sombra me había guiado hasta allí. Tú fingías estar dormida. Como si lo que estaba ocurriendo no estuviera ocurriendo. Querías desesperadamente que aquello y yo nos fuéramos, pero yo me quedaba. Nunca hablé, jamás emití sonido alguno. El silencio era mi poder. Las palabras romperían el hechizo, harían de aquello algo real y repulsivo, lo que era en realidad.

Mis manos, que no eran manos, entrando por debajo de tu suave camisón y tu piel. Tú, Evie, con las piernas estiradas bajo las sábanas, solías estar rígida. Con cuidado, te bajaba las braguitas. Me las acercaba a la cara, inhalaba tu vida, inhalaba tu humedad. Y tú, los ojos todavía cerrados, rezabas para que parara. Te abría las piernas para inspeccionarlas, las abría para mí, tu médico. Tu obscuro médico. Primero te exploraba con los dedos para ver qué debía hacerse. Investigando con cuidado. Tocando aquí, tocando allí, tocando suavemente, tocando más, para hallar el lugar que requería atención, que requería profundización.

Me decía que aquello te excitaba, aunque apenas respirabas. Yo era tu médico y te estaba

curando. Naturalmente que lo querías. «*Tócalo aquí. Tócalo ahora, papá. Haz que mejore, aquí.*» Me decía que lo estaba haciendo por ti, por ti, por ti, por ti, por la pequeña Evie, lenta y muy suavemente al principio, casi sin tocar, simplemente rozando, y entonces lo tocaba y presionaba y frotaba y me movía, me movía, y luego me desviaba ligeramente, la necesidad de apretar y apretar, y te frotaba y te frotaba arriba y abajo y arriba y abajo, frotaba y frotaba, tu punto, nuestro punto, «frota, doctor, quédate ahí, quédate ahí, no pares, haz tu trabajo, arréglamelo, infúndele vida». Vida, vida. Por Dios, Evie, tú eras vida. Explotando, pequeño terremoto en mi mano, temblores extendiéndose por el paisaje. Dios mío. Me siento enfermo y estoy muerto. ¿Cómo vomita un muerto sin cuerpo?

Siento tu repugnancia y tu asco. Veo que aquella sobreestimulación inundaba tu cuerpo de cinco años de nerviosismo, miedo y un dolor inexplicable. El placer se volvió autoaniquilación, el sexo se convirtió en duelo. Yo hice que así fuera.

Evie, ¿de qué estoy compuesto ahora? ¿Qué me envuelve, más allá de la materia? No es piel tanto como filamentos de vergüenza, no es carne tanto como fibrosa mala intención. Me llevará tiempo quitarme la máscara. Cada capa da paso a otra y cada una de ellas parece sumamente verdadera. Espero que tengas paciencia conmigo mientras exhumo estas verdades en descomposición. Soy plenamente consciente del dolor que esto te está causando. Has pedido una autopsia de la conciencia, y desconchar el *rigor mortis* psíquico es un proceso lento.

Deja que siga rindiendo cuentas. Habrá tiempo para volver atrás, habrá tiempo para filtrarlo a través de otro prisma. Por ahora, seguiré compartiéndolo como lo viví entonces, impulsado sin ser consciente de mí mismo por un egoísmo y un deseo arrebatadores. Y aunque me doy cuenta de que puede parecer que describirlo de esta forma me libre de culpa, o que te ponga enferma, así es como lo viví entonces. No me había separado del Hombre Sombra ni era consciente de su existencia como sí lo soy ahora. Estaba dentro de él. Mi obsesión contigo eliminaba todo lo demás, todo el mundo se volvía invisible ante tu presencia, todo el mundo se sentía excluido. Como árboles plantados en la sombra, la familia se fue torciendo y deformando en su hambriento intento de alcanzar siquiera un poco de luz. Y su desesperado intento se convirtió en una molesta carga.

Naturalmente, en el fondo debía de saber que mi comportamiento era monstruoso y repugnante. Pero el legítimo apetito del Hombre Sombra invalidaba mi culpabilidad. Daba la vuelta a la situación y culpaba a la familia por ser dependiente y patética. La alejaba de él como si fuera una alimaña ansiosa. Para él, solo existía una persona, y eras tú, Evie. Y no tenía ni la voluntad ni la capacidad de esconderlo. La familia llegó a despreciarte por ello. En ese sentido, te convertí en objeto de odio, y eso llegaría a formar parte de lo que te destruyó. No podían culparme a mí, yo era el marido, era el padre, me necesitaban. Así que te culpaban a ti. Tú eras la causa de sus carencias. Tú eras la causa de mi ira. Tú eras la causa de que todo fuera mal. Tú me robaste el corazón. Tú los desterraste a la oscuridad. Te llamabas Eve y provocaste la caída de la familia. Tenías cinco años.

¿Y cómo podías llegar jamás a sentirte bien contigo misma? Eras una traidora, una ladrona, egoísta, demasiado sexual, demasiado fuerte, demasiado arrebatadora, estigmatizada y condenada, exiliada para siempre de su lúgubre jardín. Nuestras noches crepusculares siguieron sucediéndose. Pero el Hombre Sombra estaba profundamente herido y era insaciable. Cada transgresión abría en él una nueva puerta de apetito, cada invasión impune alimentaba su audacia.

Vivíamos en dos mundos, tú y yo, Evie. El día y la noche. Pero con el tiempo, la línea entre ellos se volvió imperceptible. Mi deseo de ti, mi adoración, mi obsesión eran demasiado poderosos y empezaron a desbordarse.

Ya me habías resucitado de entre los muertos una vez, ya habías despertado mi corazón y enardecido mi piel. Tu dulce olor, tu tacto y tu energía infantil corrían en mi interior como sangre nueva. Y como un vampiro, ahora los necesitaba para vivir. Necesitaba más. Necesitaba consumir cada centímetro de ti, y aquello se convirtió en violencia.

Para mi enorme disgusto, tu madre organizó unas vacaciones para ella y para mí. Sospecho que lo hizo para sacarme de la casa y alejarme de ti. Fueron unas vacaciones atroces en una de esas islas infames, y bebí demasiado. No podía soportar haberte dejado. Fui desagradable e insoportable.

Cuando regresamos, abrí la puerta y esperé a que vinieras corriendo a recibirme y a lanzarte a mis brazos como hacías siempre. Pero no apareciste. Te encontré en el piso de arriba, jugando con tu hermano. Entré en la habitación y tú apenas alzaste la vista. Fue como si no me reconocieras o hubieses olvidado quién era. Tu madre tuvo que decir: «Evie, ¿no quieres saludar a tu padre?». Te acercaste con indiferencia, suspiraste como si te molestara la obligación de ejecutar aquel ritual, y apenas besaste mi mejilla. Entonces te diste la vuelta y sin siquiera la más leve de las sonrisas o miradas, seguiste jugando. Me dio un vuelco el corazón. *Esta no es mi niña. ¿Qué ha pasado para que seas así?*

«Evie, seguro que sabes recibir mejor a tu papá», dije, bromeando para que me hicieras caso y para esconder mi pánico y mi desolación.

«Ahora estoy ocupada, papá.»

Bofetada en la cara. Puerta cerrada. Corazón hecho añicos.

Ahora compites con tu madre. ¿Y cómo no iba a ser así? Menudo triángulo había creado. Menudo embrollo psíquico. Tu madre se ha convertido en tu adversaria en lugar de tu aliada. Me había ido con mi otra esposa y te había dejado con el corazón roto, abandonada. Y en lugar de ver que algo así podría resultar imposible de asimilar para tu cerebro de nueve años, estaba desquiciado, furioso por el rechazo. ¿Cómo te atreves a retirarme tu amor cuando yo estoy totalmente entregado? ¿Cómo te atreves a pensar que tienes el poder de apartarte de mí, si soy tu padre?

No tengo en cuenta el dolor que sientes o cómo te debe de hacer sentir que te dejara durante días para estar con otra. No me paro a pensar en lo profundamente desgarrador que debe ser que te hiciera pensar que eras la única, pero solo en secreto, sin que nadie lo sepa. Lo que hice fue

deleznable. Te debes de sentir tan torturada, tan terriblemente celosa. Y años después, cuando tienes aventuras encadenadas y compulsivas con hombres casados, sé que fue entonces cuando el patrón dejó su huella. Entonces, en el momento en el que te viste como la segunda, siempre y solo la segunda. Nunca la primera en casarte o emparejarte. Nunca lo suficientemente buena para acaparar la atención exclusiva del amor de alguien. Solo la zorra a la que visitaban al caer la noche.

Pero entonces no pensé ni sentí nada de esto. Te estaba perdiendo. Estaba aterrado. Percibía el surgimiento de tu sospecha, una nueva vacilación y una duda. Eras un pastelito, Evie, pero también una niña feroz y desafiante. Ya no podía confiar en que siguieras siéndome fiel. Debía ejercer control, así que el Hombre Sombra se puso al mando. No sé si puedo seguir. Me pregunto si contarte lo que viene a continuación te va a servir de algo, Evie. Sí, soy consciente de que no existe disculpa sin un relato meticuloso. Pero me planteo seriamente si desenterrar la profundidad de mi crueldad y confirmártela no te resultará más devastador que sanador. Para qué te servirá conocer los duros detalles de mis despiadadas acciones, ¿para alimentar el odio que te profesas a ti misma o para liberarte?

En ese momento, todo seguía su propia lógica y trayectoria, y se alimentaba de mi diabólica ira. Tú me habías traicionado, me habías obligado a comportarme así. Me estabas amenazando con matarme al retirarme tu amor. Era cuestión de vida o muerte, debía hacer todo lo que pudiera para tenerte dominada.

Esa noche, el Hombre Sombra fue a tu cama, pero sus reglas habían cambiado. Estaba impaciente y agresivo. Arrancó las sábanas, te abrió las piernas con rapidez y violencia. Te movió por la cama con brusquedad. Cogió lo que quiso.

Ya no fingía ser un sanador: era un cazador; tú ya no eras su paciente, sino su presa. Estabas aterrorizada. Tu conmoción y tu forma de juzgar avergonzaban al Hombre Sombra y despertaban su furia todavía más.

Aquella noche destruyó toda pretensión de igualdad. Él era el jefe, él tomaría las decisiones. Hacías gestos para detenerle, tratabas de apartarle de ti, estabas muerta de miedo y era evidente que habías dejado de respirar. Tus ojos, completamente abiertos, parecían gritar.

Sus dedos, ahora garras de halcón, fueron más allá. Desgarraron tu estrechez, rasgaron la tierna piel, arrancaron hojas delicadas. Arañaron y arañaron la verja dorada de tu precioso jardín, y cuando tú les negaste la entrada, entraron a la fuerza. Aquella depravación hizo que te tambalearas. Luchaste y luchaste, y entonces dejaste de luchar.

El Hombre Sombra estaba asolando la ternura que más ansiaba. La ternura que lo había desarmado y lo había expuesto. La ternura que lo había convertido en tu prisionero. No volvería a ser tu rehén. Aquel era su territorio y aquella su gran invasión.

Incluso cuando tocaba tus partes íntimas con mis manos y mi fuerza, tan solo me excitaba a veces. Nunca metí mi pene en tu interior. Raramente tenía erecciones. Me sentía extrañamente

desapegado y distante. ¿Y por qué te digo esto, Evie? ¿Para que tengas una mejor imagen de mí? ¿Para que creas que no hice lo inimaginable, que no llegaría tan lejos?

Nada más alejado de la realidad. Te violé, Evie. Te violé como papá doctor y te violé esa noche. Te violé con mi sanación seductora y te violé con mis bruscos dedos. Te penetré una y otra vez. Adentrándome más y más en el lugar en el que más daño podía hacerte. Obligándote, forzándote contra tu voluntad. Tú eras el país que yo reclamaba. La expoliación de tierras. El botín de guerra. No me importaba estar saqueando la tierra y todo lo que en ella crecía siempre que fuera mía, siempre que me perteneciera. Mejor tenerte rota y doblegada. Así serías más fácil de capturar, más fácil de controlar.

Me habías humillado al reivindicar tu independencia y tu pensamiento autónomo, cuestionando mi comportamiento y mi lealtad. Habías desenmascarado mi egoísta brutalidad y mi desalmada crueldad y, con ello, mi verdadera naturaleza como criminal y como fraude. Y habías amenazado con retirarme tu amor. Todos eran crímenes de gravedad en el tribunal de Arthur Ensler. ¿Creía que mis nuevas tácticas te reconquistarían? ¿Creía siquiera que tal cosa era posible? ¿O se trataba de simple impiedad y de un ejercicio de brutal poder? ¿Qué es acaso una violación, sino eso? Confundirla con el sexo es un gran error. Es un espasmo de ira, una aprehensión violenta, un deseo de dominar y destruir. Como un misil termodirigido, busca la parte más vulnerable del cuerpo de la víctima para infligirle el máximo dolor. Es castigo, es dominio. Es la erradicación de la amenaza, la demolición deliberada de todas las fronteras que nos hacen humanos.

Y todo parecía necesario y predestinado. Llegó como una marejada desde las profundidades de mi cuerpo, cargada de antigüedad en su trayectoria y en su curso. Era una ardiente serpiente desenroscada, un caballo de carreras en el cajón de salida ahora en pleno movimiento. Ignominioso y triunfante. Y, como una nube de hongo tras una explosión nuclear, aterradoramente asombrosa. La violación es la perversa refracción de todo lo negado y lo prohibido en los hombres, desatado a máxima velocidad. Es la cara del privilegio montado en cólera. Aquellas noches salvajes duraron demasiado. El Hombre Sombra desafió todos los peligros, pero las consecuencias afloraron por todas partes.

Lo primero fueron los terrores nocturnos. Despertabas a toda la casa con tus gritos terroríficos, con tus sacudidas, tu balbuceante locura mientras dormías. Tu madre iba a consolarte y tú la empujabas, gritando: «Quítame las manos de encima. Déjame. Vete. No me toques». La oscuridad y el terror te habían atrapado. Eras toda angustia. Los terrores nocturnos no cesaban y solo parecían empeorar. Apenas dormías, perdiste el apetito. A tu madre empezó a preocuparle que algo te hubiera poseído, y en efecto, así había sido. Quería llevarte a que te viera alguien, pero yo insistí en que mi familia tenía un historial de desórdenes del sueño. Los efectos de mi abominable pedofilia empezaban a rezumar.

Entonces empezaron esas terribles infecciones. Tu madre te encontraba en el baño llorando de madrugada. Ardía, decías que te ardía, y te cogías la entrepierna y te balanceabas y gemías, y te balanceabas y llorabas. Nada lograba calmarte. Estabas histérica. Tu madre te llevó al médico al

menos tres veces. Infección crónica del tracto urinario, ese fue el diagnóstico. Pero nadie podía explicar cómo había surgido. «¿Qué le ha pasado a nuestra niña, Arthur? ¿Cómo puede haberle pasado todo esto de pronto?» Podía oler sus sospechas. Y a la vez que estaba a punto de descubrirme, era evidente que una fuerza se había apoderado de ti y te estaba llevando en una dirección nefasta. Tu comportamiento cambió. De pronto te volviste taciturna e indolente. Ya no eras despreocupada, habladora y curiosa, sino deprimida y retraída.

Te movías como un fantasma. Raramente levantabas la cabeza y apenas hablabas. Nunca te lavabas el pelo, lo llevabas grasiento y sucio. Eras incapaz de concentrarte en el colegio y sacabas malas notas. No aprobabas un solo examen, parecías incapaz de recordar o retener cualquier dato. Te estabas entonteciendo. Fuiste degradada al nivel más bajo y perdiste a tus mejores amigos. Los demás niños olían tu desesperación y te evitaban como a la peste, o te tomaban el pelo y se burlaban de ti. Tu debilidad me hacía aborrecerte. Pero ¿cómo podía admitir que tu debilitamiento era culpa mía? ¿Cómo tolerar el resultado visible de mi brutalidad? No, lo que hice fue humillarte todavía más y hacerte creer que todo era consecuencia de tu maldad. Que, a base de reivindicación y rechazo, mi pastelito se había convertido en una niña sucia y bochornosa.

Fue más o menos en esa época cuando un día nos llamaron del colegio. Tenías unos diez años. Te encontramos en el despacho del director, con los ojos hinchados de llorar, tu vestidito cubierto de barro y hecho un desastre. Dos niños te habían perseguido a la salida del colegio, y allí, en el centro de la plaza, te habían tirado al suelo y te habían bajado las bragas ante la mirada de cientos de niños. Estabas inconsolable, lloriqueando, patética. Me puse furioso y te culpé. Te dije que dejaras de llorar. ¿Cómo podías provocar y permitir que aquello ocurriera? ¿Qué guarrería habías hecho para llevarlos a hacerte aquello? Imaginé que habías jugado con ellos igual que habías jugado conmigo. Estabas probando tu propia medicina. Jamás te pedí que explicaras lo que había pasado. No te consolé ni me puse de tu lado.

Esa noche fui a tu cama. ¿Supuse que podía deshacer todo aquello con un ligero correctivo? ¿De verdad creí que unas pocas palabras de consuelo y unas caricias tranquilizadoras lograrían que de pronto fueras como antes? ¡Eso sí que es pensamiento mágico! Había hecho añicos una delicada taza de porcelana, y ni toda la dulzura ni todo el encanto del mundo podrían recomponerla. En cuanto entré en la habitación, sentí una energía venenosa. Estabas tumbada de lado, como si te hubieran pegado a la pared. El Hombre Sombra te tocó y trató de darte la vuelta, pero tú estabas fría, rígida como un cadáver. Aquello detuvo incluso al Hombre Sombra. Te agitó y te dio golpecitos como haría un perro aterrado con su indiferente amo, susurrando «Gírate, Evie, gírate. Despierta. Mírame». Permaneciste helada. De tu cuerpecito no emanaba ni aliento, ni movimiento, ni calor. Como si te hubieses abandonado a ti misma e ido en busca de otra familia en algún otro lugar. Como si me hubieses abandonado y no fueras a volver jamás. «Evie, despierta, gírate, vuelve. Estoy aquí.» Ni aliento, ni movimiento, ni sonido. ¿Te habías muerto de verdad, o

eras como una zarigüeya que se protege de un depredador y habías adoptado un estado de tanatosis?

Sentí un terror enfermizo. Había sido yo, yo te había matado, asesinado el alma del ser al que más adoraba, el que me había dado la vida. Había violado su cuerpo, traicionado su confianza, había arrancado la mecha encendida de la vela que más brillaba. Quise arrodillarme y aullar y suplicar perdón. Te agité una y otra vez como para traerte de vuelta. «Despierta, Evie, despierta.» Cuando te di la vuelta, tu cuerpo seguía rígido y agarrotado. Te agité cada vez más fuerte.

Y entonces abriste los ojos. No pestañeaste ni me miraste, sino que tenías la mirada perdida, perdida en la lejanía de otro universo. Un mundo que guardaría tus secretos más profundos. Un mundo que cobijaría tu corazón herido. Un mundo al que nunca me invitarías a entrar. Te había perdido. Asesino de almas.

El Hombre Sombra era muchas cosas, pero no era necrófilo. Aquella fue la última vez que visitó tu habitación por la noche. Te habías hecho la muerta para que no pudiera quitarte más vida, pero eso no significaba que no se sintiera furioso y vengativo. Unos días más tarde, te cortaste el pelo. Llena de rabia, te lo segaste y te hiciste un desastre. Después te negaste a ponerte vestidos. Solo te vestías con ropa de niño. De la noche a la mañana, tu personalidad cambió. Te volviste desafiante, obstinada, tu respuesta a cualquier pregunta era un «no» insolente. Jamás sonreías. Exigiste que la familia te llamara Eve y te negabas a responder al nombre de Evie, mi apodo afectuoso. Jamás pedías ayuda ni expresabas necesidad alguna. No dejabas que nadie se te acercara.

Tu bonita cara perdió su belleza. Se te crisparon los labios, las mejillas y la frente se tensaron en un frunce permanente. Te encorvaste y te negabas a ponerte recta. Tus modales en la mesa eran asquerosos. Tus ojos ya no brillaban, se convirtieron en un río fangoso de autocompasión y tristeza. Tu pelo, o lo que quedaba de él, perdió su brillo. Rápidamente te fuiste convirtiendo en una niña plana, perturbadora, embarazosa.

Y yo te despreciaba por ello; la víctima de mi asesinato me atormentaba viviendo en mi casa, obligándome a presenciar, día tras día, la descomposición y la putrefacción de su joven ser. Obligándome a afrontar las consecuencias de mis infames actos. Era intolerable, una locura. ¿Dónde estaba mi Evie? ¿Mi pastelito? Naturalmente, conocía la respuesta. Su confianza, la fuerza de su luz, su bondad, su belleza, habían sido demasiado para mí y por eso las había violado, invadido, arrasado y desfigurado, a ellas y a ella. Y entonces, tras convertirse en aquella criatura dañada y resentida, le cogí asco y la culpé. Retiré mi amor. Sí, te retiré mi amor y jamás te lo devolví. Después de aquello, herirte se convirtió en mi propósito en la vida. Herirte por tu indisimulable dolor. Y así empezó el reinado del castigo, de la violencia y del terror.

Recuerdo con todo lujo de detalles la noche en que empezó. Estabas en la sala de estar y acababas de cumplir diez años. Estabas encorvada y llevabas puesta una camiseta sucia que te había dicho muchas veces que no te pusieras. Estabas preguntando si podías quedarte a dormir en casa de tu amiga Judy. Estabas siendo manipuladoramente dulce, con la esperanza de que tu

melosa súplica ocultara tu desesperación. Te dije que no inmediatamente. No sé por qué. Tal vez porque sabía que se trataba de algo que querías con todo tu ser. Tal vez porque te estabas atreviendo a manifestar tu autonomía. Tal vez porque ya no quedaba nada de ti que me gustara y no estaba dispuesto a recompensarte de ninguna forma.

Frunciste el ceño y pusiste una cara horrible. No te gustó mi respuesta. Te dije: «Sonríe cuando te hablo, sonrío cuando te doy una respuesta». No sonreíste. Seguiste a lo tuyo. «¿Por qué? Judy vive unas casas más allá, y no hay colegio. Hemos hecho planes.» Niña impertinente. Cómo te atreves a cuestionar mi autoridad. «No es justo, papi. ¿Cuál es la razón?» «Te he dicho que no, Eve. Ya es razón suficiente. No tengo que darte explicaciones», y, de nuevo, te dije que sonrieras. No sonreíste. Me miraste con desdén. «Te daré otra oportunidad.» Me hervía la sangre de rabia, tenía el rostro encendido. Y tú esperaste todo lo que pudiste, empujándome y retándome a cruzar el límite. Entonces convertiste tu cara en la sonrisa de suficiencia más irrespetuosa que existe, una sonrisa cargada de desprecio que rechazaba y se mofaba de mi orden.

Y el Hombre Sombra saltó de inmediato y, con toda la fuerza de su mano, giró esa insubordinada cara tuya. Tu cuerpo entero voló por la sala hasta que se estrelló contra la pared y caíste como una endeble muñeca de trapo sobre la pelusa y las migas de la alfombra. Y tras tus lágrimas y tu conmoción, dibujaste la más enfermiza de las sonrisas. Sonreíste y sonreíste como si fueras una muñeca robótica enloquecida. No parabas de sonreír. Ya no estabas allí. Fue como si Evie hubiese sido sustituida y esta nueva Eve, fantasma envalentonado, hubiera tomado las riendas. Hombre Sombra contra Eve Sombra. Se había declarado la guerra.

Tu madre se quedó sin palabras, pero, extrañamente, no intervino. Creo que, en el fondo, había estado esperando y anhelando que llegara ese momento, en el que se rompiera el hechizo y yo te censurara y regresara a sus brazos. La familia entera soltó un suspiro colectivo. Habían presenciado desde primera fila aquella dramática y brutal escena en la que mi obsesiva adoración y mi arrebatadora devoción por la pequeña Evie habían sido aniquiladas en público.

Y tras tantos años de ser desatendida e ignorada, la familia estuvo encantada de unirse a mi noble ejército. Ahora su enemigo era Eve, no su marido ni su padre. Se unieron incondicionalmente a mi causa, armándome de información para mis castigos diarios y asegurando tu exilio permanente. Ese día fuiste expulsada del paraíso. Tú, que un día ocupaste la posición más elevada, fuiste lanzada desde el tejado para que vivieras sola entre la basura. Tú, que un día ocupaste el centro de mi prendado corazón, fuiste desterrada al purgatorio.

Y al decirte todo esto me invaden el horror y el arrepentimiento, y por primera vez siento lo que tú debiste sentir. La conmoción, la incredulidad, la profunda soledad. Ser exiliada, haberte hecho creer que lo eras todo para luego, de un solo golpe violento, ser reducida a la nada. ¿Cómo ibas a poder, a los diez años, lidiar con todo aquello? ¿A quién ibas a acudir en busca de ayuda, si los había vuelto a todos en tu contra? ¿Cómo hiciste para no volverte loca ahora que se te tomaba por la portadora de todo lo que era engañoso y malo? Convertida en chivo expiatorio y

estigmatizada, en ese momento fuiste la cabeza de turco de los pecados de tu padre. Veo cómo te retuerces de dolor. Te avisé de que esto no iba a ser fácil.

Si te sirve de consuelo, al asesinar mi debilidad por ti, en esencia me asesiné a mí mismo. Todo mi resentimiento y mi odio se metastatizaron en mi interior. Me deprimí y me sobrevino una desilusión crónica. Bebía sin freno. A medida que avanzaba en la sesentena, mi encanto se fue apagando. Mi impaciencia, arrogancia e intolerancia redujeron nuestro círculo. Cada vez estábamos más aislados, y aunque tu madre me había recuperado, lo que tenía a su lado era un monstruo.

Soy consciente de que el efecto que tuvieron mis acciones en mí mismo no te incumbe (puede que te haga pensar con dolor en las veces en que, después de cada paliza, te decía que me dolía más a mí que a ti), pero quería que supieras que hubo cierta justicia, puesto que si algo he aprendido en este torturador plano es que todo dolor infligido deliberadamente contra otra persona siempre vuelve multiplicado por diez.

Tenía mucha práctica y destreza en el arte de quebrar a los demás. ¿No me habían quebrado a mí desde bien pequeño, arrancándome de mí mismo, obligándome a representar un personaje grandioso e imposible? Mis padres, en su búsqueda de su rey divino, ¿no habían aniquilado todo lo que en mí pudiera asemejarse a la vulnerabilidad, a la empatía, a la humildad, a la humanidad o a la duda? ¿No me habían enseñado mediante las técnicas de crianza germánicas más estrictas que la misión de un padre es la de eliminar toda terquedad y travesura en el hijo mediante las reprimendas y la vara? ¿Que la desobediencia constituía una guerra contra el padre y que toda obstinación debía recibirse con golpes?

Las huellas de aquellas enseñanzas estaban inculcadas en lo más profundo de mí, y los desgarradores años con mi hermano Milton me habían proporcionado herramientas adicionales para infligir tormento. Ahora lo veo, pero entonces no era consciente de nada de esto. Y, de hecho, fue la negación de la violencia y de la crueldad que había recibido de mis padres y de Milton lo que me permitió ejercer una violencia más profunda y devastadora contra ti. Y tenía una misión paralela y apremiante: mantenerte sumisa y callada para que jamás contaras nuestro secreto. Me convertí en un torturador virtuoso.

Me esforzaba diariamente en destruir tu carácter y doblegar tu voluntad. Me inventaba faltas, fallos y errores cometidos por ti. Llegó a dárseme de maravilla. Siempre detectaba tus debilidades e intervenía. Por ejemplo, sabía que eras una niña de una ética impecable. Lo compartías todo, incluso cuando lo querías desesperadamente para ti. Tenías un sentido de la lealtad implícito y exigente. Jamás te chivabas de tu hermano o de tu hermana, ni siquiera cuando te habría beneficiado. Nunca lograba que dieras la espalda a los demás. Sabía lo importante que era para ti ser buena, sabía que, de algún modo, tu vida dependía de ello. Así que te volví injusta y mala. Lo hacía para desestabilizarte. Así yo seguiría a cargo, así yo tendría el control de la narrativa familiar, y así fue hasta el final.

Te hice creer cosas sobre ti misma que nunca fueron verdad. Para empezar, te hice creer que

eras una mentirosa. La ironía estaba en que eras una niña escrupulosamente sincera. Pero la amenaza del terror y de la brutalidad constantes hacían que fuera imposible que me dijeras la verdad, y cada vez que me mentías, me dabas pruebas y munición. ¿Y por qué me importaba tanto la sinceridad? ¿Por qué era mi obsesión constante? Ahora la respuesta es evidente, tras años de dar infinitas vueltas. Cuando a tu propio ser lo controla una mentira, debes aplicar las tácticas aprendidas en la escuela del poder y de la duplicidad. Vuelve las tornas, conviértete en mentirosa a la víctima de tu mentira.

Dedícate a ello en cuerpo y alma, adorna la historia constantemente, repite el relato fielmente y sin parar para que todos los que te rodean terminen olvidando la mentira original y pierdan definitivamente la compulsión, la voluntad o el coraje de perseguir la verdad. ¿No es eso lo que ha ocurrido tantas veces en la historia? Los poderosos crean la mentira, la empaquetan y la ponen en circulación para toda la eternidad.

Evidentemente, con repetir la mentira no basta para solidificar el relato o asegurar su permanencia. Se trata de un proyecto mucho más amplio. El conjunto del contexto que rodea a la mentira también debe alterarse. Debes concentrarte en arrebatarse a la comunidad (que conoce la verdad, consciente o inconscientemente) la capacidad de creerse a sí misma o a los demás. Debes implementar una estrategia que la convenza, continua y ciertamente, de su propia estupidez y carencia de credibilidad. Dedicué mucho tiempo y energía a esta tarea. Y uno de sus aspectos más espeluznantes fue descubrir que al convencerlos a ti y a tu madre de tu estupidez, te volví tonta de verdad. Cosa que, naturalmente, solo me hizo despreciarte más.

La credibilidad es amorfa y específica a la vez. Está repleta de cualidades intangibles: certeza, seguridad, calma. Quienes han sido doblegados y llevados a sentir que son unos idiotas carentes de valor jamás pueden emitir dicha seguridad y aplomo. Parecen desesperados porque están desesperados. Nadie los ha creído jamás, de forma que se ven obligados a recurrir a medidas extremas: emocionalidad, hipérbole, exageración. Hablan en un tono más elevado, gesticulan con las manos. Parecen histéricos. Eve, tú empezaste a adornar los hechos y a exagerar. Me decías: «Papá, quiero ir al colegio en coche. Todos los de mi clase conducen».

Y yo decía: «¿Todos, Eve? ¿Todos y cada uno de ellos?». Y tú decías: «Sí, sí, sí, todos», y yo decía: «Muy bien, haz una lista con sus nombres, tráemelos. Enséñame ese todos». Y en ese momento bajabas la cabeza. Caso cerrado. Culpable de todos los cargos.

Es un círculo vicioso, claro, y yo lo explotaba. Te niegas a creer al otro, y este a su vez se vuelve extremo para demostrar su argumento. Sus exageraciones y sobreexplicaciones eliminan su credibilidad y, al final, con el tiempo, él también empieza a dudar de sí mismo, y también lo hace cualquiera que presencie esta representación constante. La familia entera terminó burlándose de ti, Eve, y de tus grandiosos dictámenes basados en hechos débiles o inexistentes, de tus exageraciones casi fantasiosas sobre prácticamente cualquier cosa, de tus extremos despliegues de emoción al relatar tus disparates. Y así, el proyecto dio sus frutos y tú te convertiste en la persona en quien no se podía confiar, en la persona a la que nadie creía.

Ahora veo cómo aquello te arrebató la seguridad sobre tu propia fiabilidad e inteligencia. Sé que te ha acosado la angustiante y debilitante creencia de que eres necia frente a quienes no han tenido que recurrir a tanta hipérbole con el fin de que los vieran o creyeran. Con tu madre fue más difícil. Tenía que hacer que pareciera estúpida, pero no demasiado, ya que de lo contrario la legitimidad de su lealtad hacia mi autoridad habría sido cuestionada.

Mis ataques contra su inteligencia eran más matizados y menos frecuentes, y debían ser moderados con cuidado; debía desautorizarla lo suficiente para asegurar un dominio pleno y una dependencia absoluta, pero no hasta el punto de que pareciera que sus decisiones no le pertenecían.

Sé que te estás preguntando si todo aquello fue una maniobra consciente por mi parte. ¿Manipulé y diseñé metódicamente aquella crueldad? La respuesta no está clara. No te voy a mentir, Eve, había llegado a despreciarte. Me habías arrebatado la vida. Me habías abierto el corazón y habías hecho que dependiera de sangre fresca para luego cercenarlo a la altura de las arterias. Era un hombre privilegiado que se ahogaba. ¿Sabía entonces que lo que estaba haciendo era diabólico? ¿Albergaba en mi interior una conciencia moral que me decía que lo que hacía era terrorífico? Tal vez, pero incluso en mis peores arrebatos, mis ataques más violentos, cuando me fijaba un momento en tu cara cubierta de sangre o en las magulladuras de tus piernas o en el terror de tus ojos, incluso si hubiera sentido un estremecimiento transitorio, la justificación de mis acciones siempre subsumía cualquier sentimiento de culpa o de duda.

Puedo decirte que sentía ansiedad. Sentía rabia. Sentía tristeza. Por eso bebía tanto. En el momento lo atribuí más a un desánimo existencial y a las presiones de llevar una empresa, pero en mis vueltas por el limbo se me ha ocurrido que quizá había un punto en las profundidades de mi ser que estaba tan horrorizado por mis actos como yo lo estuve de mi padre y de mi hermano. ¿Cuánta autoconciencia proporciona toda una vida de privilegios y derechos al privilegiado? Si naces en un paradigma concreto que te beneficia, ¿qué te obligaría a mirar fuera de él?

Podrías decir que hubo otros que, sometidos al mismo adoctrinamiento, hallaron la motivación para rebelarse. Su brújula moral les indicó que iban en la dirección errónea y cambiaron su curso. Jamás conocí a alguien así. A mí me parece que el cambio suele catalizarlo alguna carencia o catástrofe, un acontecimiento o una serie de acontecimientos que lo llevan a uno a la crisis y al colapso. Ningún hombre de los que conocí se cuestionaría abiertamente en público. Jamás confesaría sentirse derrotado o tener dudas. Y, como he dicho antes, mi sentido del privilegio era de acero, impenetrable. Mi exagerado sentido de la prepotencia repelía a todos los objetos que se me acercaban. Sencillamente, nunca se me ocurrió que nada de lo que me sentía llamado a hacer pudiera estar mal.

Y puesto que de niño me habían colmado de exaltación en lugar de consuelo, mi narcisismo triunfó sobre mi capacidad de preocuparme por los demás.

¿Era un monstruo con un corazón de piedra, o bien un hombre con un corazón roto y vengativo? ¿Hay alguna diferencia? ¿Acaso importa? No importa lo más mínimo en lo que respecta al dolor

que te provocó mi crueldad. ¿Era consciente de la existencia del Hombre Sombra? ¿Acaso no fui testigo de su brutalidad? ¿Acaso no podría haberle detenido? ¿Era un psicópata? Esa sería una salida fácil.

No. No era un demente. Era un hombre privilegiado, enérgico. Estaba por encima de este mundo, de toda crítica, de todo reproche. Fui programado para controlar, para ganar a toda costa. Tú eras mi hija, de mi propiedad. Seguirías mis instrucciones. Y cuando no lo hicieras, era mi deber imponer disciplina y castigos para encarrilarte. Así me habían educado a mí, estaba haciendo lo que me hicieron a mí. Estaba haciendo lo que me enseñaron. Pero hay otra verdad, una mucho más retorcida. Igual que el Hombre Sombra me había llevado a cruzar las fronteras del pecado cuando tenías cinco años, ahora me estaba arrastrando al infierno. Sí, es cierto que mi infancia favoreció estas técnicas específicas de castigo, pero se trataba de algo mucho más aterrador. Es casi imposible de confesar. Pero en este momento me siento extrañamente poseído por un poema de T. S. Eliot. Un poema sobre gatos que en otro tiempo te recité a menudo. Ahora resuena en mi cabeza y tapa todo lo demás.

*Ponerle nombre a un gato, no te asombres,
es cosa complicada y no banal.
Seguro que piensas que estoy muy mal,
pero es que un gato ha de tener TRES NOMBRES.*

Tal vez pienses que este poema es una digresión incongruente, pero no lo es. Tenías dieciséis años. Tenías una gata a la que adorabas. Era algo excéntrica, pero te hacía muy feliz. A mí los animales me eran indiferentes, pero mediante tu amplia y creativa apreciación, llegué a ver la maravilla y la extravagancia de aquella tigresa de rayas grises y blancas. Tenía un nombre extraño, creo que era *Backhand*. Y de alguna forma, en medio de nuestra guerra, este peculiar gato trajo sorprendentes y encantadoras expresiones de mí mismo. Por la noche, cuando *Backhand* estaba en celo, escuchábamos sus agonizantes gemidos resonar en el bosque y nos moríamos de la risa con vergüenza y deleite. Cuando no estabas, me colaba en la cocina, adonde nunca iba, y le daba arenque salado. Le susurraba y ella se frotaba contra mí y me seguía de habitación en habitación. Era incapaz de disimular lo mucho que aquello me complacía. Y tú te sorprendías cuando en ocasiones llegabas a casa y la encontrabas hecha un ovillo y ronroneando sobre mi regazo.

A todo el mundo le agradaba mi amor por el gato, ya que nunca me habían visto jugar ni ser delicado, excepto contigo. Sé lo mucho que significaba para ti que hubiese llegado a apreciar a aquel ser peludo al que tanto querías. *Backhand* se convirtió en la depositaria de nuestra ternura, en remanente y recordatorio de lo que existía entre nosotros, pero ya no podía ser expresado. Aquella criatura suave y palpitante era la manifestación de nuestra pérdida y de nuestro anhelo.

Entonces ocurrió algo impensable. Habías salido a pasar la tarde con tus amigos. Yo estaba en casa cuando oímos el chirrido de unos frenos seguido de una pequeña conmoción frente a la casa. Tu madre y yo salimos corriendo y, horrorizados, vimos el lánguido cuerpo de *Backhand* tirado en

plena calle. Estaba fuera de mí. Corrí hacia ella y, sin pensarlo siquiera, la cogí en brazos. Estaba cubierta de sangre y destrozada, pero parecía seguir respirando. En ese momento llegaste con tu coche. Saliste de un salto y corríste hacia nosotros para ver qué pasaba, y cuando viste a *Backhand* colgando de mis brazos aparentemente sin vida, lanzaste un grito desgarrador. Un alarido insoportable que atravesó los impenetrables muros de mis defensas. Me puse a llorar. Lágrimas corriendo por mis mejillas. Lágrimas de tristeza por la frágil vida entre mis brazos que había sido aplastada, lágrimas por todas las formas en que te había fallado. Lágrimas de pérdida y de lamento por mi falta de cuidado, por el regalo único y excepcional que tú eras, un regalo que no había protegido, sino destruido. Lágrimas que igualaban tu doloroso desgarro por otro consuelo más que se te había arrebatado. Lágrimas por la gata, tu compañera, tu reconfortante amiga, hecha pedazos, golpeada y al borde de la muerte.

Y tú viste mis lágrimas. No te las pude ocultar. Y aquello te hizo llorar todavía más, pero durante ese momento no estuviste sola, yo lloraba contigo. Sentía tu dolor y era mío. Por primera vez, quizá la única, se abrió una ventana hacia el perverso interior de mi torturado corazón. Y allí te encontraste a ti misma, Eve. Y aunque aquella ventana no volvió a abrirse jamás, era la prueba irrefutable de la existencia de otra historia. Sé que no lo olvidaste.

Backhand no murió. Le quedó afectada la vejiga, pero aprendió a orinar de nuevo. Se le había roto la mandíbula, y un alambre se la reconfiguró. Su cara, antes adorable y amigable, ahora estaba retorcida y desfigurada. Incluso su sonrisa se convirtió en una mueca. Igual que le ocurrió a mi Eve, la violencia había dejado rastro en todos sus rasgos. E igual que mi feroz e imparable hija, tenía siete vidas. Su voluntad por sobrevivir era mayor que su dependencia de la belleza. ¿Por qué recuerdo este hecho ahora, en el momento más duro de mi relato y confesión? Te debe parecer una digresión extraña, una distracción.

Esta carta no ha sido fácil. Cada confesión exige rigor y precisión, cada una de ellas destapa una intención todavía más onerosa. Cada una de ellas me obliga a utilizar los flácidos y poco ejercitados músculos del examen de conciencia. Cada una de ellas tira de mí más allá de mi capacidad mental. Mi vida estuvo totalmente vacía de autoconciencia, no tenía ni motivación ni interés alguno en examinar mis razones o mi comportamiento. Y de lo que más me avergüenzo es de esta arrogancia, de esta superioridad y este orgullo. Y, aun así, se han convertido en una parte tan esencial de mi naturaleza que no soy capaz de imaginar cómo sería sin ellos.

Sin ellos, ¿cómo podría ser un hombre? Por Dios, ¡estoy muerto y sigo preocupándome por ser un hombre! Incluso en el limbo me siento obligado a demostrar que lo soy, y aquí no hay nadie. Puede que se lo quiera demostrar a Dios. Que le esté enseñando que no acepto la derrota. Que incluso frente a la tortura eterna, no abandonaré mi soberbia.

Me estás pidiendo que cuestione la naturaleza misma de lo que significa ser un hombre. E incluso someterme a este ejercicio presupone una derrota.

La ironía, naturalmente, está en que ya he perdido. Pero la mente es un seductor laberinto que camufla una jaula. E, irónicamente, me encuentro atrapado en la creencia de que si abandono mi

privilegio me desintegraré, a pesar de ser ya insignificante.

Me crié en un tiempo en el que se alababa en los hombres que fueran capaces de controlar y reprimir sus emociones. Se los admiraba por su firmeza inquebrantable y por conocer el camino. Jamás pedían disculpas, jamás hacían preguntas, jamás daban explicaciones, jamás enseñaban sus cartas, jamás hablaban. Su silencio era prueba de su fuerza y virilidad. Se esperaba de ellos que gobernarán el mundo y lideraran con determinación y seguridad. El sentido de la existencia de un hombre consistía en mantener su posición.

E incluso en la muerte, carente de cuerpo y sin un yo aparente, por muy absurdo que suene, una parte de mí preferiría enfrentarse a la eternidad en el torturador limbo que renunciar a esta identidad.

Y es que, ¿de qué otra referencia dispongo para explicar mi propio ser? ¿Qué otra demarcación me confiere valor o significado?

Al escribirte esta carta, cada vez se ha hecho más patente que esta estructura de identidad ha provocado un gran sufrimiento en ti y en otros, y no cabe duda de que es la razón por la que me encuentro suspendido en esta desesperante rotación. Ahora veo que esta particular idea de la hombría es altamente cuestionable, pues conservarla siempre exige una gran violencia, y se me antoja que cualquier estructura que parta de la necesidad de destruir al otro no es ni justa ni sostenible. Pero por mucho que lo entienda desde un punto de vista analítico, abandonar esta actitud es otra historia. Está a la altura de pedirle a alguien que elimine su yo, dado que este patrón patriarcal ha sido incorporado al compendio psicológico básico: ello, yo, superyó, hombre.

Quizá el único camino hacia su disolución sea hacer lo que tú me has llamado a hacer: indagar en la naturaleza exacta de los daños infligidos, entregarme al máximo para entender cómo te afectó mi comportamiento y confiar en que la alquimia de este ejercicio me permita ser cada vez más honesto en pos de tu libertad. Ya he evitado bastante esta última declaración; ponerla por escrito me resulta peligroso y abrasador. No podré retractarme. Y el dilema subyacente me ha carcomido y perseguido sin descanso como un demonio. En tu adolescencia, ¿pretendí matarte? ¿Lo hice de forma consciente? Esto es lo que sé: hubo más de un incidente en el que podría haberte quitado la vida. Tras el primer terrorífico encuentro, no desistí. Con cada nueva disputa me volvía más volátil, sabía que el alcohol alimentaba al Hombre Sombra y no dejé de beber. Mi miedo por tu seguridad nunca fue un factor inhibitorio. De hecho, te culpaba todas las veces por provocarme, y creía sinceramente que eras responsable de mi comportamiento.

Respira, Arthur, respira. ¡Que los dioses me lleven al infierno!

Te quería muerta, Eve. En varias ocasiones traté de matarte, tenía que matar lo que ya había destruido, tenía que eliminar las pruebas. Y tú, profundamente intuitiva, percibías mi impulso filicida. Pero para conservar la cordura, debías negarlo. Porque ¿cómo podrías vivir sabiendo que tu propio padre conspiraba, consciente o inconscientemente, para matarte? Y esta negación creó un patrón según el cual más adelante te sentirías constantemente atraída y cegada por los hombres más violentos e hirientes. Te pondrías en grave peligro durante toda tu vida, una y otra vez, porque

no sabías identificarlo de tan acostumbrada que estabas a él. Buscabas personas y situaciones dañinas con la esperanza de algún día ser lo suficientemente fuerte para conquistarlas. Y lo más espeluznante de todo es que, con el tiempo, tu placer sexual llegaría a estar entretejido con el peligro.

Te convertí en masoquista.

Y creo que lo que en tus primeros años de adolescencia se identificó como un impulso suicida, en realidad era que querías ser asesinada y liberada de una vez por todas de ese miedo y ese espanto constantes. Hay incidentes que me atormentan. Te contaré los detalles de cada uno con la esperanza de que un relato específico y riguroso confirme tus recuerdos. Te los contaré para dotar de transparencia la intensidad de mi ferocidad y brutalidad. Los contaré para arrojar luz sobre mi interminable proyecto de terror y tortura. Yo soy el responsable de todo ello, Eve. Así de retorcido era. Fui un cobarde de primer orden.

Golpeé a una niña que era la mitad que yo. Apaleé a una niña pequeña. Usé las manos, el puño y cinturones como látigo. Te interrogué sin piedad, te dediqué los insultos más terribles. Injurié todas las fibras de tu ser y de tu cuerpo. Mi intención era humillar y extinguir, y mis tácticas no conocían límites. Y entonces te anulaba e invalidaba todavía más amenazándote si te atrevías a gritar o a suplicar o a llorar. No permitía que desahogaras tu angustia, terror o dolor. Me satisfacía que aquel sufrimiento se pudriera y se atascara en tu interior. Así es como dejé mi huella, como me abrí paso y alojé mi veneno.

Espeluznantes incidentes repitiéndose una y otra vez en un bucle mortificador e implacable durante quince años en este lugar. Pedazos de acontecimientos, objetos, fragmentos, destellos como los de las primeras películas, en las que se cortaba rápidamente de una escena a la siguiente.

* * *

Una pizzería. Un establecimiento sin ninguna gracia. Cena familiar. Ningún martini. Irritado. Tú, inquieta en tu asiento. Quieres cogerlo todo. «Siéntate recta, Eve. Estate quieta.» Digo algo. Tú discrepas inmediatamente. Eres una niña tonta. «No, no lo soy. Tengo razón.» Pum.

Un puño aterriza en el centro de tu maldita cara. La sangre te sale a borbotones de la nariz. Manchas carmesí en un mantel de cuadros rojos y blancos. Tú, petrificada, mirándome con desdén, la sangre chorreándote por la cara. La familia está horrorizada.

«Chris, sácala de aquí. Lávale la cara.» Tu madre tratando de moverte rápidamente por el restaurante. Tú, deteniéndote. Enseñándole tu cara a todos los presentes. Avergonzándome. Deshonrando a la familia.

Ya fuera, te cojo con fuerza del brazo. Te arrastro por el aparcamiento. Te lanzo al interior del coche. Lloriqueando en el asiento de atrás. «Cierra la boca, Eve. Cierra esa sucia y estúpida boca de idiota.»

* * *

Zarandeado, sacado de un sueño profundo. Tu madre agitada y alarmada. Levanta, Arthur. Levántate. Eve está fumando en la cama. Asalto tu habitación.

Tú, al otro lado de la ventana, en el tejado, medio desnuda con un cigarrillo. Zorra. Puta. Te agarro. Te meto bruscamente por la ventana. Te pego. Te aporreo. Te arrastro escaleras abajo.

Te echo a la calle. Está oscuro, hace frío, estás en ropa interior. Ahora vivirás como una zorra en el jardín delantero para que te vea todo el mundo. Portazo, pestillo puesto. Ahí te dejé.

* * *

«Baja, Eve. Baja ahora mismo. Ponte ahí, contra la pared. Mírame cuando te hablo. Mírame. ¿Adónde fuiste el jueves por la noche?» Tú, balbuceando entre dientes. «No te oigo, Eve, habla más alto. ¿Adónde fuiste? ¿Con quién estuviste? ¿Con quién estuviste, Eve? ¿No me dijiste que te ibas a quedar en el colegio después de clase? Y no fue así. ¿Me mentiste? ¿Mentiste? Mentirme, ¿cómo te atreves a mentirme? ¡Maldita mentirosa!» Manos agarrando tu cabeza de mentirosa. Manos golpeando tu cabeza contra la pared nueva forrada de madera. Porrazo. Porrazo en la cabeza. Bola de hormigón. Quiero hacerla añicos y ver cómo caen todas las malditas mentiras. Golpe, otro golpe. Cabeza rota.

«Chris, Chris. Esta niña está podrida hasta el tuétano. Ve, ve y trae un cuchillo de la cocina.» Tu madre no se mueve. «Ve a por el maldito cuchillo.» Tu madre sale de la habitación. No vuelve.

* * *

Manos alrededor del cuello, asfixiándote. No puedo parar. Te asfixio, te asfixio. No puedes respirar. Se te pone la cara roja. Arcadas. Tu madre gritando: «Para. Para. No puede respirar». Te asfixio más. Tú, poniéndote azul.

Algo dentro de mí no quiere parar. Algo dentro de mí quiere asfixiar tu patética vida. Asfixio y asfixio. Ya no respiras. Tu madre me arranca de ti.

* * *

Te pillo a hurtadillas y susurrando al teléfono. Las llamadas no están permitidas. «Cuelga el teléfono, Eve. Sube ahora mismo.»

«Tráeme el cinturón, Chris. Tráeme el cinturón.» Tu madre duda. «¡Tráemelo ahora mismo!» Me enrolla el extremo en la mano. «Inclínate encima de la cama, Eve. Inclínate, ahora.» Un

latigazo tras otro en las piernas. Ya veo las magulladuras formándose.

«No volverás al colegio. No serás animadora. Te vamos a mandar a un reformatorio y a partir de ahora dormirás en el sótano con el perro.» Te arrastro escaleras abajo y te meto en el sótano de un empujón. Por la mañana, te has ido. No vuelves durante semanas. No permito que tu madre llame y te busque. No llamamos al colegio. Jamás preguntamos a nadie.

Un día apareces de pronto. He ordenado a la familia que actúe como si hubieras muerto. No permito que nadie te haga caso o te hable, o serán castigados. Te vuelve loca. Te vas otra vez.

* * *

Me da todo vueltas imaginando el tsunami de terror que reprimiste en tu cuerpecito y tu ser desde los cinco años, cómo aquel sobreesfuerzo diario y descomunal cargó y desgarró tus músculos y reventó la frágil maraña de fibras de tu sistema nervioso. Tu muerte violenta siempre estaba presente, y cada episodio homicida incrementaba los riesgos y la brutalidad.

Imagino que no podías pensar en otra cosa. ¿Cuándo volvería a atacar, cómo te protegerías? ¿Morirías? Vivías en un estado de ansiedad y terror constante, y con el tiempo estas emociones se convirtieron en los ingredientes neuróticos de tu carácter (estoy convencido de que por eso luego bebiste y consumiste drogas, para tratar de calmarte). Aquel estrés extremo hacía que fuera imposible que pensaras o estudiaras o jugaras o soñaras o aprendieras o te concentraras o retuvieras cualquier dato. No podías relajarte. No dormías.

Luego estaban los castigos violentos continuos, más metódicos. Tenía que encontrar formas de que estuvieras siempre metida en problemas, y entre ellas estaban las regañinas extrañas y creativas, mezcolanzas de humillación, brutalidad y dolor. Una destaca particularmente, la llamaré Sesiones de Pala de Tenis de Mesa. Hago que mi secretaria, Annette, redacte a máquina un recuento semanal en mi papel de carta del despacho. Procedente del escritorio de Arthur S. Ensler. Una lista de todo lo malo que has hecho, cada mentira, cada transgresión. Recopilo detalles de una multitud de fuentes y de los agentes secretos que tengo en la familia. Cada semana te llamo a mi habitación. Te hago leer la lista en voz alta y luego te digo que cuentes cuántas maldades has cometido. A veces son seis, a veces son diez. Jamás bajan de cuatro. Te pregunto si tienes algo que decirme. Murmuras «lo siento». «No te oigo, Eve, no murmures.» Y entonces dices demasiado alto: «Lo siento». Entonces te lo pregunto otra vez, y finalmente lo dices con sinceridad, obediencia y educación. «Lo siento, papá.» Y yo digo: «Mejor. Ahora ve y trae la pala de tenis de mesa». Sabes dónde la guardo y sabes para qué sirve. Te llevarás un fuerte azote por cada punto de la lista.

Te digo que te bajes los vaqueros y la ropa interior. Dudas al hacerlo. «Espabila. No tengo todo el día.» Te digo que te tumbes boca abajo en la cama. Conoces la dinámica. Te tumbas con el trasero tierno y desnudo expuesto con una vulnerabilidad total en mi cama. Tienes dieciséis años, ya eres una mujer. Veo cómo tus manos ya se aferran a la colcha. La pala está forrada con una

goma verde rugosa, y cuando te golpeo con la fuerza suficiente te deja marca. Ese es mi objetivo. Tatuarte el diseño del castigo para que no lo olvides. Eres valiente con el primer palazo, pero después del segundo tratas de protegerte con las manos. Te digo que las apartes. Te pones a llorar. «Por favor, papá. Para. Lo hice sin querer. Por favor, me duele. A partir de ahora me portaré mejor.» «Aparta las manos. Y no llores.» Palazo, azote, palazo. Te azoto hasta que termino. Cuando terminamos, te levantas y te subes la ropa interior y los pantalones. Te tiembla el cuerpo, estás llorando. Veo que te cuesta caminar. Cojeas. Esto ocurre semana tras semana. Es nuestro ritual: te bajas la ropa interior, te tumbas en la cama, levanto la pala.

Entonces, un día, tu actitud es otra. Vienes y lees la lista con energía. No te detienes, sino que dices casi hipersinceramente: «Lo siento, papá». Vas directa a coger la pala, te bajas los pantalones y la ropa interior con seguridad, no te aferras a la colcha, no gritas ni suplicas ni lloras. Te azoto siete veces. Cuando termino, te levantas. Te subes los pantalones y la ropa interior. Me miras a los ojos y me dedicas la más amplia de las sonrisas. «Gracias, papá. Ha estado muy bien. Me ha encantado. Esperaré con ganas la próxima vez.» Y sales de la habitación dando saltitos. Has ganado, Eve; las Sesiones de Pala de Tenis de Mesa terminaron en ese preciso momento. Ganaste la batalla, pero ¿a qué precio? ¿En qué y en quién te habías convertido? ¿Qué nueva entidad había construido mi malevolencia?

¿Adónde fueron tu rabia, tu dolor y tu sufrimiento? Parecías enterrarlos bajo este nuevo personaje endurecido y anestesiado. Pero a diferencia del Hombre Sombra, quien se habría vengado y habría arrasado el mundo con su ira, con el tiempo terminarías dirigiéndolos exclusivamente hacia ti misma. Ya no podía acceder ni encontrar a aquella criatura que antaño había sido extremadamente penetrable y sensible. Ya no era posible tocarte. Habías cerrado las ventanas. Aquello había empezado la noche en que el Hombre Sombra te encontró en tu habitación como si estuvieras muerta, pero ahora consumía tu personalidad.

Y fácilmente podrías haberte convertido en una persona muy peligrosa. Tal vez se debiera a la magnitud de tu corazón o sencillamente a que eras una niña indefensa, pero en aquel momento empezaron los años en los que, consciente o inconscientemente, te propusiste autodestruirte. Ya no hacía falta que te levantara la mano o que gritara. Eras más violenta contigo misma que en mis peores fantasías. Y aquí solo puedo decir, con el mayor de los pesares, que con mi maltrato había convertido a aquel tierno ángel, la niña que amaba la vida, en una adolescente terriblemente suicida. Con horror, asco y arrepentimiento te vi adoptar una actitud violenta y temeraria que duró años. Fumabas y bebías sin cesar. La mayoría de los días ibas al colegio colocada. Creo que te dedicabas a robar. Te juntabas con personajes nefarios, drogadictos, traficantes y criminales. Te acostabas con aquellos facinerosos que a menudo triplicaban tu edad. Solo era cuestión de tiempo que te quedaras embarazada.

Te convertiste en una hippy salvaje. Dejaste de ponerte sujetador, te dejaste crecer vello en las axilas y tenías una apariencia vergonzosa. Todo lo que hacías era como una bofetada para mí. Y yo sabía que la violencia ya no era disuasoria. Incluso cuando te castigaba y me negaba a dejarte

salir de casa, me desafiabas escapándote en plena noche. Conducías de forma temeraria, querías estrellarte, que te pillaran, que te detuvieran, que te aniquilaran. Tus notas y tu desempeño en el colegio aseguraban que no irías a la universidad ni tendrías futuro alguno. Dejaste de comer y te quedaste alarmantemente delgada. Estabas hiperactiva y siempre movías una pierna. Eras intolerante y desagradable. No había nada que pudiera encarrilarte.

A los dieciocho años entraste en una espiral demencial y desenfrenada, encaminada hacia alguna tragedia irreversible o tal vez la muerte. Lo achaqué a tu porfía y a tu maldad. Te culpé y te avergoncé y te herí todavía más. En ningún momento traté de evitar que cayeras.

¿Qué es esta sensación corrosiva y ardorosa en mi pecho? Oh, Eve, oh, Eve, ¿es tu corazón dentro de mí? ¿Estoy sintiendo lo que sentiste entonces? Es demasiado. Oh, ansiedad, oh, soledad, oh, desesperación. Desesperación.

La desazonadora imposibilidad de tener una vida, el odio contra ti misma, la asfíxica rabia hacia mí, hacia tu madre, hacia tu familia, hacia el desalmado mundo que te trajo aquí. Terror paralizante. Ningún lugar adonde ir. Nadie lo comprende. Claustrofóbica jaula de desesperanza que se encierra sobre mí. *Dejadme salir. Dejadme salir de aquí, fuera de aquí.* ¿Cómo hacías para respirar, Eve? ¿Cómo sobreviviste?

¿Qué está pasando? La insulsa nada del limbo de pronto se apaga, se oscurece. Cae la noche. Pero no es tanto una noche, sino más bien un agujero ruinoso. Debo de estar cayendo al infierno. Herida demoniaca con la oscuridad de una cueva. Contracciones de vergüenza me acuchillan. Muero mil muertes, pero ninguna muerte me deja morir. Una conmoción dentro de otra, concatenación ardiente de mortandad y de engaño. Cada muerte me conecta con toda una historia de muertes, mías y ajenas. Las caras de la crueldad desenmascaradas. Dios santo, es mi estirpe, el suelo envenenado en el que crecí. Mi padre, Hyman, está aquí, y su padre y el de este, y el suyo, y el suyo... Todos ellos padres que causaron despiadados estragos en el mundo.

Una sucesión de generales, conquistadores, directores ejecutivos, estafadores, tiranos, ladrones, explotadores de todo tipo y necios. Mueren, y aquí mueren de nuevo por toda la eternidad. Son mis padres. Son los hombres. La lealtad, nuestra más elevada vocación. La obediencia pesa más que la lógica, la moralidad o el sentido. Me han convocado, me instan a que interrumpa este disparate contigo y retome mi lugar en la recta jerarquía masculina. Es de una absurdidad supina, esto de ser presionado una y otra vez, como si fuera una máquina programada, para que demuestre mi fuerza y mi valor por los siglos de los siglos.

Pero dime, Eve, ¿qué alternativa hay? ¿Qué es un hombre desterrado del reino de los hombres? Tal vez no seas capaz de entender esta lealtad. Es lo que nos da propósito, significado y un lugar. ¿En qué tierra caminaremos tras el exilio? Adán desobedeció una vez, y ya sabemos qué pasó luego.

Podría dejarlo aquí. Mis confesiones ya han mejorado mi situación kármica. Este oscuro reino infernal es definitivamente más soportable que el limbo anterior, al menos aquí tengo la sensación

del dolor constante y el movimiento de la muerte reiterada. Y, a diferencia del limbo, en la oscura sala de los padres no estoy solo.

Y estoy seguro, Eve, de que esto es lo que merezco.

Pero estoy confundiendo el ejercicio. Me has invitado aquí para que me disculpe. Yo te prometí el relato más exhaustivo del que fuera capaz, y jamás dije que me detendría si terminaba en una posición más soportable. Estoy haciendo lo que hice en vida. Negociando, manipulando, poniendo mis propios intereses por delante de todo lo demás. Los viejos hábitos tardan en morir.

Esta disculpa es una tarea mucho más extenuante e impugnante de lo que había imaginado. Cuanto más me acerco a ella, más se aleja. Cada confesión exige un relato más profundo; cada duda saldada trae consigo otra incrustada en su interior. Se trata ciertamente de una caja de Pandora, pero estas son maldades ya desatadas contra el mundo. Flotan inexplicadas como nubes amenazadoras y venenosas en el inconsciente colectivo. Cada vez se hace más patente que las historias que no son visibles, que no se cuentan o se admiten, son las que más poder ostentan.

Cada confesión que hago aquí desafía un juramento de sangre designado mucho antes de mi nacimiento. El que se disculpa es un traidor de primer orden. ¿Cuántos hombres, cuántos padres reconocen jamás sus fracasos u ofensas? El propio acto es una traición del código básico. Hace salpicar la metralla de la culpa en todas las direcciones. Si uno se ha equivocado, la estructura y la historia en su conjunto se desmoronan. El silencio es nuestro vínculo; el poder de no contar, de no decir nada, es el arma más antigua y poderosa de nuestro arsenal. Pero hay otras técnicas que forman parte de nuestro manual de entrenamiento básico, técnicas que en cierto modo son más efectivas y duraderas que cualquier daño físico.

Técnicas que utilicé para hacer que cuestionaras tu experiencia, tus percepciones y tu valor. ¿Cuántas veces te convencí, en un acto de lo más cruel y violatorio, de que lo que estabas viviendo no era tan grave, de que tus reacciones eran exageradas y extremas? ¿Cuántas veces insistí en que lo que experimentabas como dolor no era en absoluto dolor? ¿Cuántas veces te culpé por mis acciones? ¿O te dije que te quería tanto que tenía que lanzarte contra la pared? Lo hago por tu propio bien. ¿De cuántas formas te confundí deliberadamente y te agoté? ¿Cuántos argumentos construí en tu contra, y a cuántos testigos y aliados reuní a favor de mi causa?

Te hacía luz de gas a diario. Hasta el trágico final, te dejé con estas dudas persistentes, dudas que te despertaban, sin aliento, en plena noche. ¿Te lo habías imaginado todo? ¿De verdad fue tan terrible como lo recordabas? ¿Por qué los demás no parecían afectados? ¿Por qué no decían nada? ¿Había algo de malo en ti? ¿Por qué no limitarte a pasar página? ¿Por qué llamar la atención? ¿Por qué darle importancia? Así habían sido las cosas, y punto. ¿Por qué sacudir la jaula, trastocar el nido? Él era tu padre. Hizo todo lo que pudo por ti. Aquella era tu familia. Tú siempre fuiste muy difícil. ¿Por qué no puedes adaptarte? Siempre tienes que ser tan pomposa, tan especial. ¿Y qué si te metió sus dedos adultos cuando tenías cinco años? ¿Y qué si le pidió a tu madre que fuera a la cocina a buscar un cuchillo para apuñalarte? ¿Y qué si te hizo sangrar y asfixiarte? ¿Y qué si te lanzó escaleras abajo? Sobreviviste. Hay cosas mucho peores. Venga, espabila.

Todo esto lo sé porque son las preguntas y las inseguridades que me consumían a mí. Yo te las transmití. Son las incertidumbres que me hacían querer más, al son de lo exigido por el ejército de los padres.

Pero ya a una edad temprana rompiste filas y te negaste a desfilar. A pesar de tu quebramiento, confusión y dudas, de alguna forma cuestionaste y te resististe. Y ahora lo veo, al principio no fue solo rabia lo que tu desafío despertó en mí. No, fue asombro, estupefacción. ¿Cómo podías tú, una niña de diez años, tener el descaro suficiente para desafiar lo establecido? ¿Cómo podías tú, una mera niña, salirte del círculo, sola? ¿Qué espíritu albergabas, qué coraje, qué valor? Pero la admiración era algo intolerable en mi limitado léxico emocional, y enseguida se convirtió en resentimiento y celos. Sí, Eve, estaba celoso de ti. Envidiaba tu osadía. No podía tolerar la inviolable fuerza de la rebeldía, la cual te diferenciaba y te hacía superior. Ponía de manifiesto todas las formas en que me había traicionado a mí mismo al alinearme con el poder. Convertía mi débil y voluntariosa aquiescencia y sumisión en algo irremediablemente palpable.

Pero lo más humillante era que te habías atrevido a contradecir a tu padre abiertamente. Te habías reivindicado a ti misma como una igual. Sin pudor alguno, habías desafiado mi supremacía. Tú, mocosa ingrata, te habías atrevido a pensar que podías saber más que yo y habías debilitado mi autoridad en la presencia de mis propios súbditos, es decir, de mi familia. Me habías hecho mal, Eve. Y no habría perdón.

Aquello levantó los inexorables vientos de la ira, y hasta el día que morí, e incluso a partir de entonces, me han guiado y poseído.

Una ira alimentada por el orgullo y la soberbia. Ira hacia mí mismo por traicionar mi conciencia, ira por el aburrimiento mórbido de la vida doméstica, por unos hijos irritantes que nunca estaban a la altura, por convertirme en un idiota y en un peón corporativo. Una ira alimentada por la represión del nauseabundo remordimiento por haberte tocado indecentemente cuando tenías cinco años y por el terror a ser descubierto.

Ira hacia todas las personas patéticas del mundo que me hacían perder el tiempo y que solo servían para ocupar espacio.

Una ira que arrasaba edificios y sueños y personalidades, que devastaba a ciegas y deliberadamente cualquier cosa que se interpusiera en su camino. La ira ofuscaba mi sabiduría y mi inteligencia, mancillaba mi encanto. Ya no era un hombre. Era una tormenta.

«Todos los pueblos se preguntarán: “¿Por qué ha tratado el Señor así a esta tierra? ¿Por qué esta ira tan terrible?”. Y les responderán: “Porque abandonaron la alianza que el Señor, Dios de sus antepasados, pactó con ellos cuando salieron de Egipto y sirvieron a dioses extranjeros rindiéndoles culto, dioses que ellos no conocían ni él les había asignado. Por eso la ira del Señor se encendió contra esta tierra hasta descargar sobre ella todas las maldiciones escritas en este libro. El Señor los arrancó de su tierra con ira, furor y gran indignación, y los ha arrojado a otros países hasta hoy”.»

Te maldije, Eve, y te expulsé de mi tierra. Te miné y te ignoré. Menosprecié tus ambiciones y

eliminé tus posibilidades. Y no había nada, nada que pudieras hacer para reconquistarme.

Ninguna súplica de tu madre me tocaba el corazón. No importaba lo mucho que cayeras, lo cerca que estuvieras de la ruina o de la pobreza o de la muerte. No importaba lo mucho que ansiaras mi reconocimiento y mi apoyo. Te anulaba en todos los casos. Y todavía no sé cómo lo hiciste, pero tras un año en una escuela de tercera categoría para mujeres, le diste la vuelta a tu vida académica y lograste acceder a una universidad de prestigio. Tal vez fue porque por fin estabas lejos de mí. Quizá fue gracias a un rabioso impulso por demostrar que me equivocaba.

Cuando volviste a casa en vacaciones, estabas llena de una impetuosidad y un ardor nuevos. Estabas descubriendo tus intereses y tus talentos. Durante la cena declaraste que ibas a ser artista: escritora. No ibas a estudiar ciencias o matemáticas, tal como yo te había aconsejado encarecidamente. Ibas a estudiar filosofía y literatura. Tu arrogancia y seguridad me enfurecieron (ahora, de nuevo, veo que era envidia). ¿Quién te creías que eras, a los diecinueve años, para creer que tenías la menor idea de lo que querías o necesitabas estudiar? Te pregunté cómo pensabas ganarte la vida escribiendo «poemas». Dijiste que te las arreglarías. Te dije que te formarías para ser abogada o contable. Dijiste que no. Dije que, si era yo el que pagaba, te formarías para prepararte para un futuro realista. «No, no voy a hacer esas asignaturas. Ahora estoy sacando todo matrículas. Conseguiré una beca. Quédate tu dinero.»

¡Pum! Tiré de tu silla y la levanté para rompértela en la cabeza. Y para mi asombro, arremetiste contra mí, me empujaste hasta que casi me caí. Alzaste los puños. «No tienes que pagar mi educación ni que apoyar mis sueños, pero si alguna vez vuelves a tocarme, me iré de esta casa para siempre. Te lo prometo.» Por Dios, ¿estabas dispuesta a morir por esto? ¿A levantar los puños y golpearme? Me dejaste estupefacto e impresionado. Te habías convertido en un posible adversario. Entonces supe que debía desarrollar técnicas más efectivas y despiadadas para deslegitimar aquella fantasía y derribarte. Que empiece la guerra.

Pronto te aceptaron en la escuela de teatro más importante del país, conseguiste una de las seis plazas que había. Viniste a casa de visita, algo poco habitual, para compartir tu emoción y ganarte mi apoyo. Presentaste tu argumento: te graduarías en pocos meses, tenías claro que querías dedicarte al teatro, este posgrado te proporcionaría la mejor formación y una red de contactos tras graduarte. Que te hubieran aceptado era sumamente importante. Y, de nuevo, la hipérbole: «¡Papá, esto lo es todo!». Y, echando la vista atrás, Eve, seguramente lo era.

«Te dije hace años que si querías seguir este camino, lo harías sola.» «Pero no me darán una beca si tú tienes dinero.» «Ese es tu problema, Eve. Has hecho tu elección. Resolverlo es cosa tuya.» En ese momento frustré tu ridículo sueño, o al menos eso es lo que esperaba y pensaba. Por alguna razón, diste el discurso inaugural en tu graduación. Al sentarnos en medio de una multitud de miles de personas, detrás de mí oía a la gente susurrar: «He oído que va a hablar una feminista radical». De pronto me di cuenta de que hablaban de ti, de mi hija, y de que, en aquel momento, de repente eras una extraña. No te conocía. Te habías alejado de mí para ir a la facultad; te habías hecho un nombre y construido una vida. Y aunque quería sentirme orgulloso de ti, no podía

soportar que te atrevieras a ser diferente. ¿Quién te creías que eras para irte y labrarte un camino, para determinar tu propia existencia? ¿Quién te creías que eras para creer que tus palabras y tus opiniones importaban lo suficiente para ganarte la atención de aquel auditorio? Y, lo más preocupante de todo, si ellos te escuchaban, ¿no lo harían otros? Estuve presente en aquel discurso, pero si te soy sincero, no oí ni una palabra. Ahí estabas, con veintidós años, frente a miles de personas, repleta de carisma y de fuerza. El público estaba fascinado, y cuando terminaste recibiste un aplauso cerrado. Me repugna profundamente confesar que aquello me enfureció y me descolocó. Yo era quien merecía el papel protagonista. Yo era el que tenía el poder de ordenar tal admiración y autoridad.

Entonces, tras tu discurso, ocurrió algo que jamás olvidaré. Aquí, en el limbo, lo he revivido un millón de veces. Estaba nervioso y molesto, así que cuando terminaste de hablar salí a fumar. Era un sofocante día de mayo y el aire pesaba. Tú saliste en ese preciso momento. Encendí tu Lucky Strike, encendí el mío. Todavía te temblaban las manos. Estuvimos allí en silencio, los dos solos, mientras la ceremonia seguía su curso. Fue como si el mundo hubiese conspirado para reunirnos en aquel momento suspendido. Un momento perfecto para que te felicitara, para que reconociera tu asombroso logro. Y sabía, de verdad que sabía que en muchos sentidos lo habías hecho por mí, para ganarte mi aprobación y mi reconocimiento. Para demostrarme que estabas a la altura, que en realidad no eras ni vaga ni tonta. Y si pudiera retirar aquel momento ahora mismo, lo haría, porque sé que mi comportamiento fue despreciable.

Me quedé allí, estoico, frío, mirando hacia otro lado, totalmente indiferente y callado como si no acabara de pasar nada, incluso como si no lo hubiera visto.

Y te sentí, Eve, mentiría si dijera que no te sentí. Sabía lo que necesitabas de mí e incluso entonces sabía que aquello lo cambiaría todo para ti, en ese glorioso momento y en los años que vendrían. Para ti sería un punto de inflexión y a partir de entonces podrías por fin ser tú misma, tomar las riendas de tu destino.

Únicamente dependía de mi humilde voluntad reconocer tus logros y felicitarte.

Pero no pude, no quise hacer eso por ti. No podía ayudarte en tu camino. Necesitaba seguir hincándote las garras, necesitaba dominar y castigar. Así que no dije absolutamente nada. Nada. Ni una palabra. El silencio era sobrecogedor. Ya había cortado una vía principal para tu futuro negándome a darte un centavo para la universidad, y en ese momento anulé tu actuación de oratoria privándote de mi aprobación. Pero el desenlace fue diabólico. Allí parados, en esa angustiosa sauna de riguroso silencio, metí la mano lentamente en mi bolsillo. Te entregué un sobre que contenía un cheque de mil dólares. Te lo entregué y te estreché la mano como si fueras un cliente de mi empresa y estuviéramos cerrando un acuerdo comercial. Te miré inexpresivamente a los ojos y sin rastro alguno de afecto o apego, dije: «Que te vaya bien la vida, Eve». Fin de la historia. Había cumplido con mis obligaciones. Quieres ser una estrella sobre el escenario, pues muy bien, ahora estás sola. Fue un puñetazo en las entrañas de tu futuro. Se te doblaron las rodillas, reprimiste las lágrimas, te diste la vuelta sin decir palabra y te alejaste.

Para ser sinceros, jamás miraste atrás. En lugar de poner fin a la guerra, te lancé un misil de corto alcance y te derribé.

Aquella noche te emborrachaste mucho. Estabas hecha un desastre y te pusiste en ridículo delante de todos. Tu madre dijo que en un día en el que deberías haber estado bailando en las nubes, lloraste hasta quedarte dormida. Aquel momento quebró en mil pedazos tu seguridad en ti misma para siempre. A partir de entonces, cada victoria estaría bañada de rechazo. Ningún éxito sería jamás real o suficiente, cada logro estaría siempre cargado de una espantosa sensación de traición y decepción. Lo sé porque yo había lanzado aquella bomba con esos objetivos e intenciones concretos. Yo lo provoqué, Eve. Quería que fracasaras, quería que cayeras, no quería que cosecharas ningún tipo de éxito.

Tu madre no era capaz de entenderlo. «¿Por qué –me preguntaba– te gastas tanto dinero en la formación universitaria de Eve para luego sabotearla constantemente?» No tenía sentido, pero seguía una enrevesada lógica. Cuanto más independiente te volvieras, cuanto más exitosa, menor sería mi control sobre ti. Entonces te convertirías en un ser autónomo, con tus propias ideas y tu propia versión de la realidad. Cuanta más confianza y respeto te ganaras, mayor sería la posibilidad de que fueras un testigo merecedor de credibilidad.

Para entonces ya sabía que aquellas invasiones propias de una pesadilla en la oscuridad te habían arruinado y destruido, y sabía que eras desafiante e ingobernable. Era cuestión de tiempo que te vengaras. O eso es lo que imaginaba mi paranoico cerebro. Debía incapacitarte.

¿A quién castigaba, Eve, a quién trataba de destruir?

Desde el principio hice que sintieras que eras tú quien había hecho algo execrable. Siempre nerviosa, en un estado constante de culpabilidad y terror inenarrables, te convertí en la portadora del pecado de tu padre. Y cargaste con él como una guerrera. Como si fuera una herida o una célula mutada que luego se convirtió en enfermedad. Cargaste con él como si fuera una letra escarlata grabada en tu cuerpo profanado, como una señal que indicaba que habías sido desechada y olvidada. Cargaste con él como si fuera una invitación para depredadores que estaban listos para infligir más dolor; cargaste con él como el presagio de que no llegarías a los treinta. Bebías tanto que casi te mataste, te ponías en peligro constantemente, soñando en secreto con que alguien acabara contigo y pusiera fin al dolor, con que revirtiera la maldición. Y yo lo vi y dejé que ocurriera.

Tras la universidad, no tenías ninguna estructura detrás que te apoyara. Caíste desde esas vertiginosas alturas. Ya no dabas discursos. Perdiste tu voz, tu propósito y tu camino. Yo nunca intervine para ayudarte y prohibí que tu madre lo hiciera. Te visitamos una vez en un cochambroso apartamento en Nueva York, y lo único bueno que le vi fue que no había ratas. Cuando tu madre me suplicó que te echara una mano, me puse a despotricar y le dije que debías arreglártelas tú sola. Insistí en que esa es la única manera de que los hijos se abran paso en el mundo.

En tus momentos de mayores dificultades económicas, jamás te ofrecí ni un centavo. Cuando llamabas a las cuatro de la madrugada totalmente alcoholizada y con intenciones suicidas,

obligaba a tu madre a colgar el teléfono y no dejaba que te llamara al día siguiente para comprobar que seguías viva. Y durante un tiempo desapareciste en la ciudad, absorbida por noches de libertinaje, peligro y desesperación a la deriva. Nos llegaron rumores de que trabajabas de camarera en un restaurante de la mafia, siempre borracha, perdida en las calles, jamás en pie antes de la una de la tarde. Me dijeron que salías con un sicario.

¿Esperaba que sencillamente desaparecieras o te murieras? Sin duda me comportaba como si así fuera. Te oigo gritar: «*¿Qué tipo de padre podría haber permitido que su hija se hundiera de esa forma? ¿Qué tipo de ira, de rabia, podría durar tanto tiempo? Tiene que haber algo más en esta historia. ¿Qué sacabas de todo ello?*».

He aquí la espeluznante verdad, Eve. Ver cómo te retorcías sin dinero, respeto o futuro me proporcionaba placer. Me divertía verte caer desde tus obstinados altos vuelos mientras perseguías un futuro irrealizable y exagerado que habías diseñado tú sola. ¿Qué te hacía pensar que podías imaginarte como escritora o artista cuando yo había dedicado mis mejores años a trabajar de comercial en una empresa de helados de alta gama para pagar tus facturas? Ni Torá, ni Platón; mis sueños no se habían materializado.

Y con esto, me temo, se abre una caja de Pandora todavía más perturbadora. Me había convertido en alguien que obtenía placer de tu sufrimiento. El Príncipe Encantador había degenerado en marqués de Sade.

Mientras tú caías, Eve, yo me sentía mejor conmigo mismo. Ya no suponías una amenaza para mi ego o para mis méritos. Me habías traicionado y desobedecido. Tú me habías abandonado y yo me relamía al ver que el mundo, en sintonía con mi valoración, te servía tu castigo.

Me deleitaba saber que no eras nada sin mí o sin mi aprobación. Demostrar que ya no podías llegarme al corazón me producía un inmenso placer. Y es que, ¿qué es el sadismo sino ternura desvirtuada?

¿Acaso el legado emocional que te dejé no fue la profanación de tu confianza, la perversión de tu instinto primordial de ser amable? ¿La transmisión de mi placer sádico y de mis impulsos crueles a la propia configuración de tu carácter? A menudo me he preguntado por qué no has tenido hijos. ¿Temías que los mismos impulsos afloraran en ti? Una burla que dura demasiado, el alivio interior cuando caen o fracasan, un azote o empujón repentino e inexplicable, un niño que cae escaleras abajo por accidente.

Tras varios años, finalmente viniste a visitarnos, con una sobriedad recién estrenada. Estabas hinchada y nerviosa y eras enormemente frágil. Habías encontrado una «comunidad» que te estaba ayudando. Soltabas tópicos y lugares comunes absurdos y hablabas sin parar sobre un «poder superior». No éramos una familia religiosa, y aquella desviación me pareció particularmente inquietante. Detestaba las sectas y las comunidades de apoyo. Aborrecía los grupos de cualquier tipo. Pero percibí una nueva resolución en ti, habías encontrado una balsa y te agarrabas a ella con todas tus fuerzas.

Y en lugar de felicitarte por tu nueva determinación, me reí de tu sobriedad, me negué a creer o

reconocer que eras alcohólica y denigré a los patéticos perdedores a quienes ahora considerabas tus amigos. Y entonces, para demostrar mi condescendencia y desaprobación, preparé un martini y te lo ofrecí. Mi gesto te descolocó, pero rechazaste en voz baja. Me reí de ti y te tenté un poco más, y cuando te mantuviste firme, dije lo triste que era que tu vida hubiera llegado a ese punto, todavía tan joven.

Pero algo en ti había cambiado. No reaccionaste, ni siquiera trataste de defenderte. Distes un trago a tu refresco y seguiste fumando sin parar. Aquello me agitó y me provocó todavía más. De pronto estabas fuera de mi alcance. No estabas picando mi anzuelo. Ahora estabas con un grupo cuya influencia era mayor y que, claramente, te había armado con tácticas para resistirme. Estaba furioso. Te pregunté qué estabas haciendo con tu vida. Te machaqué una y otra vez. Te dije que me había gastado una fortuna en tu formación universitaria y que no habías llegado a ningún sitio. Eras una camarera sin plan ni visión, menuda fracasada. Permaneciste en silencio. Dijiste que tenías que hacer una llamada y saliste de la habitación. Cuando volviste, habías hecho la maleta. Afirmaste que aquel ambiente estaba amenazando tu sobriedad, que aquella era tu prioridad, y entonces te fuiste. Fue muy rápido. Cortaste la cuerda que te asfixiaba y saliste por la puerta. Y aquella cercenadura hizo que me diera vueltas la cabeza. Me sentía estupefacto y enloquecido. ¿Quién eras tú para irte de mi casa, para atribuirte una prioridad y una forma de vida fuera de mi alcance? ¿Quién eras tú para hacerte dueña de tu propia vida? Sé que todo esto suena completamente estrambótico desde la distancia, pero incluso durante aquel interminable periodo de ira, de alguna forma todavía me pertenecías; mientras estuvieras incapacitada y ebria, serías mía. Mientras fueras un desastre, necesitarías mi aprobación y mi validación.

Me siento hastiado de todas estas terribles confesiones y de mí mismo. Estertores y gruñidos, estertores y gruñidos. Atrapado como un untuoso cerdo que gira en un asador de gangrenoso egocentrismo. Dios, déjame salir de aquí. Rompe este caparazón insufrible. Libérame de este inframundo de espejos infinitos. ¿Me he acercado siquiera a rozar el nivel de veracidad y confesión que te hará libre? Porque me parece que una disculpa exige la intimidad más primitiva, y si la confesión es una petición de perdón, el confesor debe ser desvestido y quedar desnudo.

Ahora entiendo que este ejercicio no es una simple retransmisión de lamentos. No, una disculpa trae implícita la reimaginación de las construcciones fundamentales de nuestro condicionamiento. Y siento que caigo. Incluso ahora me pregunto si los muros de mi arrogancia me dejan verte o sentirte verdaderamente. ¿Me he parado siquiera a plantearme o a intuir qué tipo de quiebras y sufrimiento te están provocando mis reconocimientos? ¿Te sientes aliviada o conmocionada? ¿Estás enfurecida? ¿Estás insomne y abandonada? ¿Te sientes por fin resarcida y revitalizada?

¿Y cómo iba a saberlo? ¿Existes siquiera fuera de las puertas de mi propio ser? ¿Eres una fantasía, una proyección, una extensión? ¿Eres un objetivo, una amenaza o un rencor eterno? Por Dios, Eve, me avergüenza decir que no te conozco. Bueno, sé que te gustaban los champiñones marinados y los arenques y los pepinillos en vinagre, pero solo porque a mí me gustaban. Pero no tengo ni la menor idea de qué libros leíste, qué poemas te guiaron por la vida. ¿Has leído a

Nietzsche, a Emerson, a Baudelaire? ¿Qué tipo de amigos te atraían? ¿Cómo era la vida en el teatro? ¿Llegaste a actuar? ¿De verdad eras lesbiana? ¿Recuperaste en algún momento el apetito? ¿Eres de las que aman el océano o prefieres los bosques y las montañas? ¿Cuál fue la verdadera razón de que te hicieras vegetariana? ¿Qué fue lo más valiente que hiciste jamás? ¿Eres graciosa? ¿Te mudaste a la ciudad por mi culpa? ¿Debería haberte educado en la fe judía? ¿Te gusta aprovechar las mañanas? ¿Prefieres las rosas o las peonías? ¿Has tenido gatos? ¿Rezas o crees en Dios? ¿Bebes té o café? ¿Cómo te fue con tu hijo adoptivo? ¿En algún momento ganaste dinero?

¿Quién eres, Eve? Me faltó todo. Me faltaste.

Me faltas.

Me negué a conocerte o a verte. Y, en algunos sentidos, esta fue la privación más dura y destructiva de todas. ¿No es lo que todos queremos, en realidad, que nos conozcan? ¿Que sean el reconocimiento y la estima los que nos moldeen y nos den forma? Porque ¿en qué otra cosa podemos confiar para saber siquiera que estamos aquí? Y quizá por eso me volví tan extremo. Al ser invisible ante mí mismo, al haber sido anulado, necesitaba encontrar formas de experimentar mi existencia y sentir mi influencia en los demás. Y es que, ¿qué es la violencia, sino energía dotada de sustancia y de fuerza?

Y desde una edad muy temprana supe que este mismo tipo de angustia existencial te afectaba profundamente. Me sorprendió e inquietó ligeramente que te hubiese invadido tan pronto, pero, naturalmente, ahora todo cobra mucho más sentido. Estabas siempre obsesionada con la muerte, preguntando en qué se convertiría tu cuerpo, adónde irías, si sencillamente un día te evaporarías por completo, te desintegrarías y desaparecerías.

Una noche, a los nueve o diez años, tu madre y yo habíamos salido a cenar y nos encontramos a la canguro sentada fuera del baño, en el suelo. Era adolescente y estaba claramente afectada. Habíais visto una película titulada *El hombre invisible*, de Claude Rains, que no era apropiada para tu edad. Estabas en el baño, con la cabeza sobre el inodoro, vomitando y llorando, en una especie de desasosiego espiritual, tratando de recuperar el aliento, y apenas se te entendía. «Se ha quitado las vendas de la cabeza, papá, y no había nada, no había nada dentro, no había cabeza, ni persona, nada. ¿Adónde fue? ¿Alguna vez estuvo ahí? ¿De verdad hay algo en el interior de nuestros cuerpos? ¿Existimos? ¿Estamos hechos de nada? Siento que soy nada, y no quiero ser nada.» Y entonces llorabas y vomitabas otra vez. Aquello duró dos días, como si te consumiera una fiebre existencial.

Y ahora me siento obligado a preguntar, ¿quién te convirtió en nada? No tengo excusas, ya que conocía perfectamente las devastadoras consecuencias de no ser visto, de desaparecer en una familia que jamás expresó curiosidad alguna por quién era de verdad, sino que determinó mi identidad en función de sus propias proyecciones, miedos y necesidades. La curiosidad es una forma de generosidad. Trae implícito el reconocimiento del otro y exige la perforación de la ignominiosa y vanidosa cáscara de la prepotencia. ¿Existió jamás alguien que no fuera yo? ¿Experimenté, sentí o percibí a alguien ajeno? ¿Conocí el asombro?

De niño, me asombraban el cielo y las estrellas y la magnificencia de la creación. Pero pronto me apartaron de aquello y me dirigieron hacia el desempeño. No había tiempo para explayarse en la meditación ociosa. Estaba aquí, como otros niños, para superarme, tener éxito, avanzar y ganar. Este mundo lleno de misterio y asombro no estaba para ser apreciado o admirado, sino que debía ser ocupado, poseído y conquistado.

El asombro implica humildad. Someterse a lo que es más grande y desconocido, al vasto y misterioso universo en el que no eres más que una mota. Jamás me permitieron ser una mota de nada. Tenía que ser superior, el mejor, estar en la cima.

Recuerdo que, cuando tenía unos cinco años, tuve la experiencia de sostener una cría de gorrión en mi mano (se había caído de un árbol) y sentí su corazoncito latir en mi puño de niño de cinco años. Mi corazón latía igual de rápido. ¿Quién había creado aquel pájaro? ¿Quién concibió las alas, el pico y las garras? ¿Había hecho enfadar a su madre? ¿Lo había lanzado ella al suelo? ¿Fue un accidente? ¿Estaba triste? ¿Estaba herido? ¿Por qué no podía volar? ¿Me enseñaría a hacerlo?

Estaba petrificado, aterrorizado, impresionado. Me resultaba casi insoportable sostenerlo de una forma tan íntima en mi mano, pero no podía ni quería soltarlo. Estaba en posesión de un milagro. Tenía el secreto del universo envuelto en mis nudillos. Se detuvo el tiempo. Yo era un pájaro. Yo era el éxtasis arrastrado por la invisible corriente del asombro. Yo era todas las cosas.

Y de pronto los gritos de susto de mi madre me sacaron de mi embeleso bruscamente. «¿Qué haces, Arthur? Aparta la mano de ese sucio pájaro. Transmiten enfermedades terribles. Eres repugnante.» Me zarandeo con ímpetu e hizo que se me cayera. Cayó en espiral y chocó fuertemente contra el suelo. Dejé de moverse y mi madre no me dejó ayudarlo o acercarme a él.

No pude soportarlo más y me eché a llorar. Lloré y lloré, y aquella fue la falta más grave de todas. Llorar y mostrar debilidad. Era peor que quedarme embelesado y rendirme ante una cría de pájaro.

¿Y cómo es, preguntas, una vida carente de asombro? Es anodina y gris. Es una vida de certeza impuesta y rutina obligatoria. Está vacía de esplendor y de excitación, y la sorpresa está encerrada a cal y canto.

Entonces, ¿adónde van a parar la pasión y la intensidad de los hombres? Se desvían muy pronto hacia la dominación, la agresión y la competitividad.

Lo que me lleva al desdén y a la crueldad que le profesé a tu primer marido. De pronto, después de años sin venir a vernos, trajiste a un hombre a casa con quien ibas a casarte. Un irlandés católico y simplón que apenas sabía escribir. Un barman al que conociste en el insulso restaurante en el que trabajabas de camarera. Lo mejor que podría decirse de él es que era un tunante. Desfalcador o ladrón, tal vez (en realidad, no había prueba alguna de que lo fuera, pero yo lo trataba como tal).

Tu madre decía que era apuesto y encantador, pero a mí aquella elección se me antojaba tan arbitraria como si hubieses traído a casa un perro abandonado que habías encontrado en la calle.

No se podía conversar sobre nada con él. ¿Pero lo intenté? No. Su súbita existencia fue una intrusión de lo más irritante. Era evidente que la única razón por la que te ibas a casar con él era para vengarte de mí. Era todo lo contrario a mí. Inculto, tosco, grosero y sobrio. Y a pesar de detestar a aquel patán, inmediatamente me propuse convertirlo en mi aliado. Durante la cena, le dije que parecías una cosa, pero que en realidad eras otra. Que lo mejor sería que se preparara y supiera dónde se estaba metiendo. Actué como un hombre protegiendo a otro, aunque no tenía ningún interés en él. Entonces le entretuve maliciosamente con detalles íntimos de tus obstinadas transgresiones. Le conté todas las cosas terribles que habías hecho de niña y de adolescente; en cada una se sobreentendía tu cuestionable carácter. Me quejé de que habías sido la niña más difícil y que habías provocado en mí un comportamiento contrario a mi naturaleza.

Le acogí como a un hermano de armas en mi ejército para derrotarte. Aquello horrorizó incluso a tu madre. Mi comportamiento te cogió desprevenida, te humilló y te enfureció. Estaba plantando semillas de duda en el hombre con el que te ibas a casar, exponiendo tu bajo nivel y repasando tus fracasos. Así me pasé casi una hora. Al principio tú te reías, tratando de desviar la atención de lo que estaba diciendo y dirigir la conversación hacia otros temas. Pero nada podía detenerme. Seguí hablando y hablando con ganas hasta que asesté el golpe de gracia. Le dije que me había tenido que desentender de ti, y que entendería, después de haber oído todo aquello, que se echara atrás.

Pero, no sé cómo, aquella boda se celebró.

Ahora te veo a los veintitrés, en un altar improvisado y vestida con un ligero vestido blanco que habías encontrado en la sección de taras de una tienda lujosa, en una boda organizada de cualquier manera a base de mendigar y pedir préstamos. Yo me había negado a pagar. Solo serviste entremeses baratos y no había bebidas de alta graduación. Estabas rodeada de una ecléctica colección de amigos y artistas que luchaban por abrirse camino, en una ceremonia oficiada por un pastor sentimentaloides de una religión de la que jamás había oído hablar y que no mencionó a Dios ni una sola vez. Te veo casándote con un hombre cuyo rasgo más atrayente era que no te había pegado. Te oigo pronunciando un revoltijo inexplicable de votos entre los que no se encontraba la fidelidad (sé que es algo que jamás se te ocurrió esperar o exigir). Te veo al lado de un chico adolescente, hijo de tu futuro marido, a quien tú te habías comprometido a adoptar y criar. De alguna forma, le estabas dando a él lo que más necesitabas tú.

Hay un hombre negro con un traje africano tocando el saxofón, una melodía triste, más apropiada para un funeral que para una boda. Aquella música me llega ahora, un melancólico lamento, mientras te llevo al altar por un pasillo improvisado. Me coges del brazo. Puede que sea la primera vez que me tocas en años. Al principio me negué a participar en este absurdo ritual, a entregarte a aquel idiota. Pero en el último momento, algo en mí se ablandó. Con total franqueza, era la oportunidad perfecta para restaurar mi autoridad y calidad de propietario. Y mientras camino contigo, paso a paso entre la multitud de espectadores, me horroriza decir que me causó gran satisfacción saber que este matrimonio ya estaba condenado al fracaso.

Habías escogido a un hombre que estaba casado cuando lo conociste. Creo que tú fuiste la

tercera. Y aunque parecía que compartíais un gran sentido del humor (siempre os reíais juntos, algo que me irritaba enormemente) y encontrabais sosiego y estabilidad en vuestra sobriedad mutua, sabía que ni podría ni querría ser honesto o fiel.

Pero lo más importante es que sé que esta boda no es más que una farsa, porque tú sigues casada conmigo. Te agarro del brazo con más fuerza. Hicimos un pacto silencioso en la oscuridad cuando solo tenías cinco años; incluso si compartes tu cuerpo con este zoquete, nunca llegará a tocarte de verdad. Jamás sentirá el triunfo y la sacralidad de descubrirte el éxtasis, porque ya lo has vivido. Nunca entrará en la habitación de su amada porque soy yo quien la ocupa. Y, con el tiempo, será esto lo que lo conducirá (a él y a todos los que vendrán después) a la ira y a la distracción, a esa sensación de que jamás podrán sentirte suya del todo.

Al principio, esto le atraerá como si se tratara de un reto. A todo hombre le encanta una batalla. Pero luego, con el tiempo, hará que se sienta vacío, como un idiota y un fracasado. Y cuando se dé cuenta de que jamás te entregarás a él, aunque finjas que lo haces, contraatacará y hará todo lo posible por hacerte daño. Abrirá agujeros en las paredes a base de puñetazos, te traicionará con otras mujeres, terminará dejándote por una de tus amigas íntimas. Estos fueron los pensamientos tóxicos que hice circular en la vulnerable atmósfera de una boda ya de por sí miserable. Esta fue la energía paralizante que pegué a tu piel como un veneno invisible mientras te agarraba del brazo. Y ese fui yo: no un padre que te llevaba con calma y bondad al altar, a tu amado, sino tu depredador, conspirando y haciéndote desfilar hacia tu inevitable sacrificio.

El saxofón, ahora más alto, gime y chirría. Ondas de sonido que se estrellan contra estos muros empapados. Oh, tristeza, tifón de tristeza. Me voltea y me lanza sobre peñascos y rocas de cantos afilados por la culpa, enmarañado en un sinfín de restos y de escombros. Me tiene atrapado, esta tristeza. Regresan las ondas. Llega el desgarró; el armazón del hombre se resquebraja. ¿Qué clase de cabrón he sido? ¿Qué clase de destrucción he provocado? He mentido una y otra vez, me he mentido a mí mismo y te he mentido a ti.

Condené al fracaso tu futuro en el amor. A los cinco años te arrebaté el cuerpo, tú no me lo diste. Contaminé tu dulzura. Arranqué las puertas doradas que protegían tu jardín. Traicioné tu confianza. Cambié tu química sexual y los fundamentos de tu deseo; lo incorrecto y lo excitante quedaron fusionados para siempre. Dejé mi mancha, mi apestosa marca. Te infecté. Maté tu deseo ya tan pronto al invadir y abrumar tu cuerpo. Tú ni me diste ni pudiste darme permiso, no hubo consentimiento. Tú no me sedujiste con tus enaguas de crinolina, lo único que hiciste fue ser una niña adorable.

Sobreestimulé tu cuerpo de cinco años y sembré las semillas de la intensidad y de la emoción. Y luego tú te llevabas al extremo consumiendo heroína, saltando de puentes, conduciendo a ciento sesenta kilómetros por hora.

Te arrebaté lo ordinario, destruí tu idea de familia, te obligué a traicionar a tu madre. Vivías odiándote y culpándote perpetuamente. Yo creé desconfianza, jerarquía y una competitividad feroz entre tú y tus hermanos, algo que ninguno de vosotros terminaríais de superar.

Te dejé sin poder sobre tu propio cuerpo. No tomaste ninguna decisión, no dijiste que sí. Yo proyecté esa ilusión para satisfacer mis necesidades. Tú tenías cinco años y yo cincuenta y dos; tú no tenías soberanía alguna, yo te exploté y abusé de ti. Te quité tu cuerpo, que ya no te pertenecía. Te hice pasiva. Entregabas tu cuerpo compulsivamente a cualquiera que lo quisiera porque yo te enseñé que eso era lo que debías hacer. Te obligué a salir de tu cuerpo y, dislocada y paralizada, eras incapaz de protegerte. Puse en peligro tu seguridad y tu capacidad de defenderte. Provoqué que la violación fuera lo que te excitara. Destripé tus límites necesarios de forma que jamás supiste qué era tuyo y cuándo decir que no o cómo poner fin. Rasgué las delicadas paredes de tu vagina y la hice vulnerable a las enfermedades y a las infecciones.

Tu cuerpo no dijo ni pudo decir que sí. Aquella fue una cómoda mentira que me conté a mí mismo. Tú no sabías que aquello era sexo. Yo cogí lo que necesitaba de ti convenciéndome de que tú también lo necesitabas. Exploté tu adoración, te obligué a guardar secretos, a mentir a tu madre, a construir una doble vida. Aquello te partió en dos. Hice que te sintieras como una zorra, que sintieras que jamás fuiste merecedora de amor legítimo. Hice que la intimidad te resultara claustrofóbica. Te inyecté mi veneno.

Destruí tu memoria al hacer que quisieras olvidarlo todo, lo cual afectó a tu inteligencia y a tu capacidad de retener datos y hacer exámenes. Te robé la inocencia. Mengüé tu fuerza vital y te hice sentir que tu sexualidad era la causante de todo lo malo. Utilicé tu ser y tu cuerpo en mi beneficio.

Yo hice todo eso. Oh, saxofón, acaba conmigo. Acaba conmigo.

* * *

Lenta y dolorosamente me arrastro como un cangrejo castigado por los elementos fuera de un mar que ahora está en calma y se aleja. Caigo derrotado en la arena caliente, y ahí permanezco, agotado y roto, durante días o meses o años. Vuelvo a estar formado. Siento mi cuerpo. Mi ropa ha desaparecido, y también mi sexo. Tengo unos pechos pequeños y las piernas más cortas y los pies más pequeños. La tripa es suave. Tengo dos lunares sobre el ojo izquierdo. Es tu cara, Eve. Es tu cuerpo. Estoy dentro de él; veo sangre.

Me sangra la nariz, me duele el cuello, tengo moratones de haber sido estrangulada. Me duele el trasero de la pala. Tengo golpes en los muslos, las cicatrices y las heridas sobresalen como bultos leprosos por todo el cuerpo. Soy las heridas y su autor. Me arden.

Ruedo por la arena, me arrojo al mar. El agua salada irrita y agrava los cortes y las lesiones. Me arde la vagina, la sostengo y me balanceo y grito y chilló y es tu voccecita de niña agonizante la que sale de mi boca. «Haz que pare. Haz que pare.»

La inmensa playa está vacía, ni un solo pájaro, ni un solo sonido. ¿Sabe alguien que estoy aquí? ¿A alguien le importa? Una voz resuena en mi cabeza: «No va a venir nadie. No va a venir nadie.»

Y se abre una trampilla y caigo. Caigo y caigo al vacío, a la ausencia, al limbo de los desahuciados.

No soy nada. No tengo familia. No tengo casa. No tengo padre. No tengo madre. Soy maldad. Soy vergüenza. He sido deshonrada.

Dios Santo, Eve, ahora lo veo, llevo treinta y un años dando vueltas en el tortuoso limbo que creé en tu interior, en la terrible caverna de soledad que nada ni nadie podía llenar, en el desesperante abismo de tu espera.

Pero ¿qué está pasando? ¿Qué son esos rayos de luz que atraviesan esta oscuridad? ¿Qué son estas demarcaciones parpadeantes? Estrellas, estrellas, millones de ellas. Doy gracias por las estrellas.

Cada una es una carita resplandeciente que se asoma para que alguien le preste atención o la quiera o la vea. Ojos expectantes y mejillas encendidas. Cada una haciendo trucos de luz con la esperanza de ser adoptadas o redimidas. Cada estrella es un niño luminoso por el que nadie veló.

* * *

Eve:

Permite que te diga estas palabras...

Lo siento. Lo siento. Deja que me sienta aquí en esta última hora. Deja que lo haga bien esta vez, que tu ternura me deje estupefacto. Deja que me arriesgue a ser frágil, a volverme vulnerable. Deja que me pierda, deja que esté quieto. Que no ocupe ni oprima, que no conquiste ni destruya. Deja que me bañe en el éxtasis. Deja que sea padre.

Deja que sea el padre que refleje y te devuelva toda tu dulzura. Deja que no reclame nada. Deja que sea testigo y que no invada.

Eve:

Te absuelvo del pacto. Revoco la mentira. Levanto la maldición.

Y ahora desaparece, anciano.

Agradecimientos

No podría haber escrito este libro sin mi querido amigo Michael Klein, el instigador de voz rasgada que vio lo que estaba haciendo cuando yo no lo veía, y que tuvo fe cuando yo estaba demasiado nerviosa como para respirar. Gracias por la profundidad de tu escucha, por tus incalculables aportaciones y, sencillamente, por estar ahí, estando ahí.

Gracias, Johann Hari, por tu tiempo, por tus valiosas aportaciones y por quedarte conmigo durante el pasaje más difícil. Gracias, Sue Grand, por enseñarme a poner nombre y dar estructura al terror y al miedo, y por tantos años de aportaciones que me han liberado del infierno.

Gracias, James Lecesne, por ser el mejor amigo del mundo y creer en mí tan profundamente, y gracias, Monique Wilson, por tu constancia, amabilidad y profundo amor. Gracias a Paula Allen por escuchar y saber, a mi mamá ángel Carole Black por orientarme y guiarme, y a Jennifer Buffett por viajar conmigo y, mediante nuestros viajes, hacer que este libro fuera posible.

Gracias a Christine Schuler Deschryver, mi valiente y hermosa amiga, y a todas mis hermanas de Bukavu, que todos los días me enseñan a convertir el dolor en poder.

Gracias al círculo de increíbles amigos, amigas, compañeros y compañeras cuyo amor y brillantez me sirven a la vez de protección e inspiración: Rada Borić, Pat Mitchell, Diana de Vegh, Arundhati Roy, Jane Fonda, Naomi Klein, Thandie Newton, Laura Flanders, Kimberlé Crenshaw, Alixa Garcia, Nicoletta Billi, Zillah Eisenstein, Elizabeth Lesser, David Stone, Diane Paulus, Diane Borger, Ryan McKittrick, George Lane, Nancy Rose, Frank Selvaggi, Harriet Clark, Zoya, Adisa Krupalija, Peter Buffett, Mark Matousek, Rosa Clemente, Tony Porter, Ted Bunch y Farah Tanis.

A mi extraordinario equipo de V-Day: Susan Swan, Purva Panday Cullman, Carl Cheng, Leila Radan, Anju Kasturiraj, Kristina Shea (Mo y Mama C). Gracias por darle caña a este movimiento social y enseñarme todos los días el significado de la solidaridad y de la colaboración.

Gracias a mi maravilloso hijo, Dylan McDermott, mi maravillosa hija, Maggie Q, y a mis extraordinarias nietas, Coco McDermott y Charlotte McDermott. Sois mi corazón.

A Tony Montenieri, por todo lo que haces que me permite escribir y por la bondad de todos tus actos.

Le estoy profundamente agradecida a mi maravillosa editora Nancy Miller por creer en este libro de una forma tan radiante, por sus magníficas y cuidadosas aportaciones y por empujarme a profundizar más.

Benditos sean todo el maravilloso equipo de Bloomsbury y Emi Battaglia.

Gracias, Steven Barclay y Eliza Fischer, y a todas las personas maravillosas de Barclay Agency.

Le estoy particularmente agradecida a Charlotte Sheedy, quien ha sido mi extraordinaria agente durante cuarenta y dos años. Me inclino ante ti con gratitud por tu constancia, por creer en mi trabajo, por tu lealtad y por tu feroz forma de luchar. Te quiero.

Quiero mencionar también a mi hermano, Curtis, por la inmensidad de su corazón, por sobrevivir a lo que sobrevivimos, por compartir una historia y unos recuerdos que exigían una disculpa.

A los miles de mujeres que he conocido a lo largo de más de veinte años en campos de refugiados, hospitales, zonas de guerra, prisiones, obras de teatro, centros, universidades, institutos, refugios, lugares de culto, que tan generosamente han compartido conmigo sus historias y que todos los días me inspiran para seguir luchando hasta que nuestras hijas gocen de igualdad, libertad y seguridad.

A todos los hombres que han herido a las mujeres: que este libro os inspire para llevar a cabo vuestras propias rendiciones de cuentas y disculpas de una forma profunda y exhaustiva para que logremos al fin transformar y poner fin a esta violencia.

Acerca de la autora

EVE ENSLER es dramaturga, ganadora de un Premio Tony, autora, intérprete y activista. Escribió el fenómeno de ventas internacional *Monólogos de la vagina*, con el que ganó un Obie, y que ha sido traducido a cuarenta y ocho idiomas e interpretado en más de ciento cuarenta países. Es autora de una extensa colección de obras de teatro y libros, incluido el éxito de ventas de *The New York Times Soy una criatura emocional*. Recientemente, ha adaptado sus aclamadas memorias *De pronto, mi cuerpo*, en una obra de teatro que ganó el aplauso de la crítica en el American Repertory Theater y el Manhattan Theater Club. Su obra *Monólogos de la vagina* engendró V-Day, un movimiento activista global para poner fin a la violencia de género. Mediante las producciones benéficas de sus piezas artísticas, el movimiento V-Day ha recaudado más de cien millones de dólares y financiado más de trece mil programas comunitarios antiviolencia y refugios por todo el mundo. También es fundadora de One Billion Rising, la campaña de acción masiva de mayor peso a escala global para combatir la violencia contra las mujeres y las niñas. Ensler es cofundadora, junto con Christine Schuler Deschryver y el ganador del Premio Nobel de la Paz de 2018, el doctor Denis Mukwege, de City of Joy, un revolucionario centro para mujeres que han sobrevivido a la violencia en la República Democrática del Congo. La revista *Newsweek* la incluyó en su lista de las ciento cincuenta mujeres que cambiaron el mundo, y el periódico *The Guardian* la ha incluido en su lista de las cien mujeres más influyentes. Vive en Nueva York.

La disculpa
Eve Ensler

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Apology*
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Bloomsbury Publishing Inc.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, © Kostsov/Shutterstock

© Eve Ensler, 2019

© de la traducción, Ana Pedrero Verge, 2020

Corrección de estilo a cargo de Teresa Lozano

© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2020
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2020

ISBN: 978-84-493-3711-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

BIENESTAR



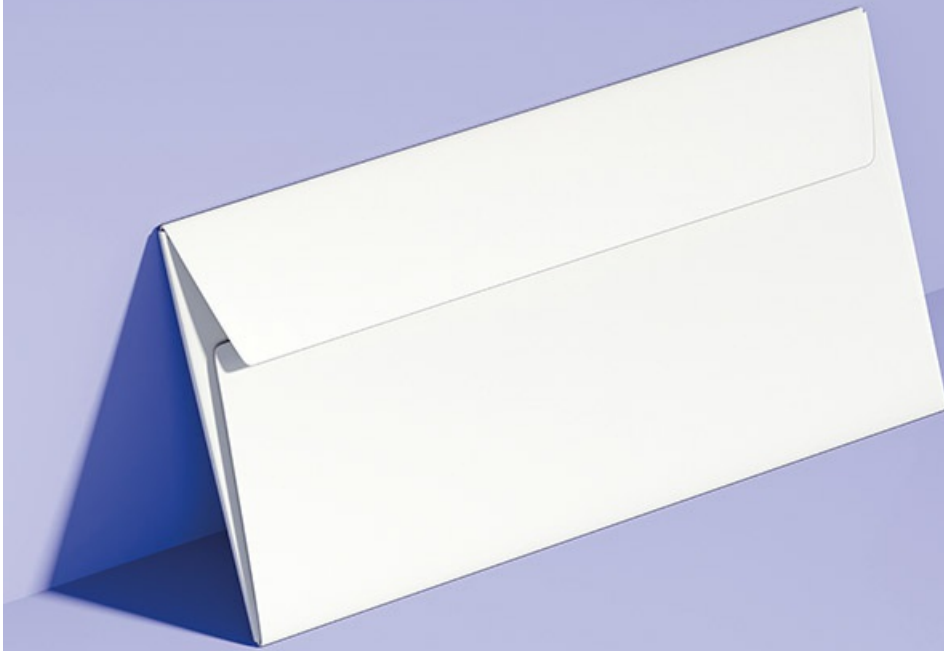
¡Síguenos en redes sociales!



*Autora de
Monólogos de la vagina*

**Eve
Ensler**

La disculpa



PAIDÓS